

# EL ENGAÑO A LOS OJOS

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

El texto que sigue carece de acotaciones. La acción transcurre en nuestros días, a principios del 97, y tiene lugar en el gran escenario del Teatro. En él habrá de recrear, el director de escena, los espacios que están sugeridos en los diálogos y por él hará transitar a los personajes, cuyos movimientos, entradas y salidas ordenará según su criterio y la información que obtenga de lo que se dice en escena.

En cuanto al reparto, no es tan extenso como parece. Algún actor ha de interpretar forzosamente a más de un personaje porque el argumento lo exige. También cabe, si razones económicas o de otra índole lo aconsejan, acortar la nómina. En tal caso, conviene actuar con prudencia. Un elenco de catorce actores -once hombres y tres mujeres- puede asumir todos los papeles sin menoscabo de la dignidad que debe poseer incluso la más humilde representación teatral.

Y una confesión. El autor es padre del argumento de la comedia. En lo tocante al texto, parte es de su cosecha y el resto procede de los escritos y de las ideas de diversos dramaturgos y ensayistas. Siendo valiosa su aportación, justo es citarlos. Son: Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Federico García Lorca, Ramón María del Valle-Inclán, José Bergamín, Francisco Nieva, Alfonso Sastre, Miguel Romero Esteo, Luis Riaza, Alfonso Zurro, Tadeusz Kantor, Dámaso Alonso, Jesús María Barrajón, Jean Canavaggio, Luciano García Lorenzo, Ian Gibson, Antonio González, Jan Kott, Miguel Medina, Cesar Oliva, Moisés Pérez Coterillo, Antonio Rey Hazas, Francisco Rico, Francisco Ruiz Ramón, Alberto Sánchez, , Maurizio Scaparro, Florencio Sevilla Arroyo, Nicholas Spadaccini, Gregorio Torres Nebreda y Pinheiro da Veiga.

## PERSONAJES

MIGUEL DE CERVANTES

VAGAL

ACTOR/MARIDO

ACTRIZ/ESPOSA

ACTRIZ/CRISTINA

ACTOR/ESTUDIANTE

ACTOR/SACRISTÁN

ACTOR/BARBERO

ACTOR/COMPADRE

VALLE-INCLÁN

ACTRIZ/VECINA

ACTOR/GALÁN

FRANCISCO NIEVA

PEDRO DE LA RANA

BACHILLER

SOLDADO

MARIANA

SACRISTÁN

TRAMPAGOS

LA BLANCA

LA ROJA

MÚSICO

ZEBEDEO

SACRISTÁN RABOSO

ZOILO

CATÓN

RANCIO

SANCHO PANZA

DON QUIJOTE

VENTERO

MAESE PEDRO

COCHERO  
CABALLERO DE PUNTA EN BLANCO  
BOGIGANGA

I

CERVANTES.- ¿Quién llama? ¿Qué aldabonazos son esos?

VAGAL.- Busco a don Miguel de Cervantes.

CERVANTES.-Yo soy. ¿Qué desea?

VAGAL.- Hablar con usted.

CERVANTES.- ¿Le debo algo?

VAGAL.- Si hablamos de deudas, soy yo el que las tiene.

CERVANTES.- Lo dudo. ¿Nos conocemos?

VAGAL.- Usted a mi, no.

CERVANTES.- ¿A qué espera para presentarse?

VAGAL.- Me llamo Vagal. Traigo un mensaje de Talía.

CERVANTES.- ¿Qué quiere de mí la musa de la Comedia?

VAGAL.- Prepara una fiesta en su honor.

CERVANTES.- Conozco poco ese género. Dígale de mi parte que mejor haría en honrar a Lope. Suya es la monarquía cómica. Por todas partes hay obras de él, todas felices y bien razonadas. Dicen que pasan de diez mil los pliegos que tiene escritos. Bien repartidos dan para casi quinientas comedias. ¿Quién no ha apreciado su gala y donaire, la elegancia de su verso, la alteza de su estilo, su elocuencia y la hondura de sus sentencias?

VAGAL.- ¿Así habla ahora?

CERVANTES.- Repito lo que siempre he dicho.

VAGAL.- En alguna parte tiene escrito que no todas sus obras son perfectas.

CERVANTES.- Las hay muy buenas.

VAGAL.- Y regulares. Y malas. Así suelen salir las que se escriben deprisa y corriendo. Usted le acusó de escribir lo que pide quien le paga, de convertir sus comedias en mercancía vendible.

CERVANTES.- No me acuerdo. Sí de que le llamé monstruo de naturaleza. ¿Cabe mayor cumplido?

VAGAL.- Otra vez le comparó con un potro que va sin freno.

CERVANTES.- Fue Góngora, no yo.

VAGAL.- Pero lo suscribe.

CERVANTES.- ¿Qué sabe usted lo que suscribo o dejo de suscribir?  
¿A que se dedica, amigo?

VAGAL.- Soy escritor de teatro.

CERVANTES.- ¿Cuántas comedias ha compuesto?

VAGAL.- Muchas.

CERVANTES.- ¿Se recitan?

VAGAL.- Sólo algunas. No las quieren los representantes.

CERVANTES.- ¿Se las ofrece?

VAGAL.- Saben que las tengo. Pero son otras sus preferencias. A uno le conté el argumento de la que estaba escribiendo y me aseguró que, si la representaba, no irían a verla más de diez personas y, de ellas, la mitad se marcharía sin ganas de conocer el desenlace. Otro, viendo cuantos personajes salían, dijo que eran demasiados y ni siquiera quiso leerla. Las mejores palabras las he recibido de un señor que, siempre que me ve, me anima a seguir escribiendo por si en alguna ocasión acierto a alumbrar algo bueno.

CERVANTES.- Siga, si tiene bríos, ese dictado. Nunca se sabe detrás de que comedia aguarda el éxito. Más de una he visto apedreada en Madrid y aplaudida en Toledo. En esto del teatro cuenta el ingenio, pero tanto o más la suerte. Y sepa una cosa: ni un triunfo, ni mil seguidos, le aseguran el futuro. Lo digo por mí. Cuando nació mi afición a la carátula compuse veinte o treinta comedias que se dieron en Madrid. No recibieron ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza. Nadie las despidió con gritos ni silbidos. Eran, aunque esté mal que sea yo el que lo diga, dignas de alabanza. Dejé la pluma por un tiempo. Cuando la

tomé de nuevo, el eco de los aplausos se había apagado. No hallé pájaros en los nidos de antaño. Nadie quiso conocer mis nuevas comedias. Nacían condenadas al silencio.

VAGAL.- ¡No es justo!

CERVANTES.- Eso pensaba. Para mí estaban entre las mejores. El tiempo me sacó del error. Hora es de que Talía y usted salgan del suyo. Si algún teatro merece ser celebrado, es el de Lope. Nadie sabe como él cual es la mejor forma de ganar fama y dinero.

VAGAL.- Conozco su receta. Dice que, para triunfar, no hay otro camino que hablar en necio para dar gusto a la gente. Yo, señor Cervantes, no hago ascos al dinero. Se vive gracias a él. Pero me importa más la fama.

CERVANTES.- ¿Cómo piensa alcanzarla? Si no tiene ocasión de representar sus obras, jamás recibirá los parabienes del público. No pierda el tiempo. Vaya, vaya al encuentro de Lope. Ríndanle a él ese homenaje. Y aprovechando el viaje, póngase en su estela. Aprenda de memoria su arte de hacer comedias. Arrímese a quiénes se disputan la propiedad de sus piezas y hágase amigo de los cómicos que las recitan. Declárese discípulo suyo y las puertas de la gloria se le abrirán.

VAGAL.- No me gustaría entrar de esa manera. Ha de haber otro acceso menos frecuentado. Muéstremelo.

CERVANTES.- Si lo hay, está oculto por la maleza.

VAGAL.- Su teatro es el patrón del mío, señor Cervantes. Aspiro a llegar, como usted, a la encrucijada en que literatura y vida se topan y se funden. De tal encuentro nació un lenguaje novedoso, un lenguaje que no está al alcance de las marionetas que acostumbran a ocupar los escenarios,

porque el mundo que recrea está dominado por la ambigüedad y la duda. Tienen apariencia humana, los fantoches. Pero no cabe en ellos la complejidad del hombre. Usted sacó a relucir su experiencia de la vida y la proyectó sobre los títeres. Las máscaras se humanizaron. Y si alguna se resistía a perder su rigidez, se la quitó de un manotazo. Desde entonces, los personajes se miran y se interrogan sobre el sentido de su existencia. Parten a la búsqueda de sí mismos. Puesto que el juego del teatro lo permite, se inventan a medida que se descubren. Mudan en criaturas dramáticas. Poco a poco construyen una identidad que les pertenece en exclusiva. Estalla el duelo entre el ser y el parecer, entre lo real y lo ficticio. Traen al tablado, que ya no es de marionetas, las mismas inquietantes preguntas que se hacía Don Quijote y cuyas respuestas buscaba por los caminos de La Mancha. Hablan del matrimonio, de linajes, de dinero, de honor, del valor, de la locura, de la generosidad... Se muestran engañados y desengañados. Enfrentan la ilusión a la realidad. ¡Viven! Señor Cervantes, usted ha inventado el teatro de la libertad. Un teatro que se niega a ser espejo de disparates. Usted ha puesto fin a la risa boba que provocan los graciosos. Arranca la risa, sí, pero es risa pensativa que trasciende la pura hilaridad. Risa que nace en los entresijos del espíritu. Con usted llegan a la escena nuevas criaturas. Mujeres graciosas, soldados famélicos y apicarados, renovadas celestinas, esposas adúlteras, maridos cornudos y contentos, aventureros, escribanos oportunistas, sacristanes, unos prósperos y otros mudados en pacíficos demonios, estudiantes aguafiestas y farsantes, héroes truculentos como Pedro de Urdemalas y criados que terminan por apartar a sus señores a la sombra. En ese teatro lleno de seres humildes, está España entera con sus deseos y sus fantasmas, que es tanto como decir una España en crisis: la España contemporánea de cualquier tiempo.

CERVANTES.- No se caliente más la boca deshaciéndose en elogios. No los escuché cuando los necesitaba y ahora no vienen a cuento. Dije adiós al teatro el día en que, aburrido de que a nadie le interesase el mío, se lo vendí a un librero. Me pagó razonablemente. Cogí el dinero y me vine a casa. Él puso mis obras en la estampa y durante algún tiempo quise convencerme de que mejor se entenderían leyéndolas que viéndolas representadas. Necio consuelo. No es teatro lo que permanece lejos del contacto con las tablas. Mi obra ha nacido y crecido al margen del diálogo con el público.

VAGAL.- Lo mismo le sucedió a Valle.

CERVANTES.- ¿Quién es ese Valle?

VAGAL.- El más grande dramaturgo del siglo.

CERVANTES.- No le conozco.

VAGAL.- Forjé, como usted, un arte experimental.

CERVANTES.- Yo no forjé nada. ¿Ha dicho Valle?

VAGAL.- Ramón del Valle-Inclán.

CERVANTES.- ¿Tan apartado estoy del mundo que nada sé de los nuevos poetas? ¿No se estará burlando de mí, Vagal? Acérquese a la luz. Quiero ver su cara. ¡Dios! ¿De qué viene disfrazado? ¿Es que ya no se llevan las ropas de siempre? ¿Están en desuso los gorgoranes crujientes? ¿Qué ha hecho del cuello almidonado y de los puños? ¿Que calzas son esas? ¡Diantre, no se ría!

VAGAL.- La moda cambia con los años.

CERVANTES.- No hace tanto que dejé de frecuentar la calle.

VAGAL.- Va para cuatro siglos.

CERVANTES.- ¿Qué broma es esa?

VAGAL.- Nació en 1547. Cuatrocientos cincuenta años tiene ahora.

CERVANTES.- No pasé de sesenta y nueve. A esa edad se cumplió la voluntad de los cielos. Si fue demasiado pronto o demasiado tarde, ya no importa. Es cierto que, con el pie puesto en el estribo, no tuve tiempo de revisar el manuscrito de El Persiles. Cuando concluyó la carrera de mi vida, aun estaba fresca la tinta. Y dejé otras muchas páginas a medio escribir. No recuerdo cuantos argumentos se me quedaron en la cabeza. Pero poco más que un débil deseo de echarlos fuera me ataba al mundo. Estaba viejo y pobre, cansado de recorrerlo con tan poca fortuna. Los seres queridos se iban marchando. Sólo quedaban a mi cuidado, o yo al de ellas, mi esposa Catalina y una criada fiel. Y luego estaba la hidropesía que me consumía sin remedio. Pero no sé si los que acabaron de ponerme el traje de la muerte fueron los comediantes que habían establecido su mentidero al pie de mis ventanas. ¡No soportaba tantos remilgos para hablar de teatro!

VAGAL.- Señor Cervantes: su teatro vive.

CERVANTES.- Murió antes que yo.

VAGAL.- ¡Publicó sus obras!

CERVANTES.- Hice mal. He perdido la cuenta de las veces que me he arrepentido. Confío en que algún hombre sensato haya hecho un rintero con todas ellas y le haya pegado fuego, como decidí que hicieran el cura y el barbero con los libros de Alonso Quijano.

VAGAL.- Este es país de escrutinios y censuras. Sus obras no se han librado, pero no han ido a parar a la hoguera. Están a salvo. ¡Y se representan!

CERVANTES.- No lo creo.

VAGAL.- Puedo jurarlo.

CERVANTES.- Tendría que verlo.

VAGAL.- ¿Por qué no? Así resolvió sus dudas Santo Tomás.

CERVANTES.- ¡Pues veámoslo!

VAGAL.- Vamos allá.

CERVANTES.- ¿Gustan?

VAGAL.- ¡Y tanto! ¿Cómo, si no, podría quedarse la gente viendo sus entremeses bajo una tromba de agua?

CERVANTES.- ¿Dónde sucedió?

VAGAL.- En una plaza de pueblo. Delante de aquellos soportales.

CERVANTES.- ¿Quiénes son esos?

VAGAL.- ¿Los de los monos azules? Montan el escenario en el que van a actuar para usted. Les llaman los "barracos".

CERVANTES.- Extraño nombre.

VAGAL.- Son cómicos ambulantes que pasean su afición por caminos y aldeas. Aquella es su enseña: la carátula sobre una rueda de carro.

CERVANTES.- ¿Quién es su Angulo el Malo?

VAGAL.- Lorca.

CERVANTES.- A ése tampoco le conozco.

VAGAL.- Pisaron la misma tierra en hora distinta. Usted era parte de ella cuando él echaba a volar su ansia dramática.

CERVANTES.- ¿Lloverá hoy?

VAGAL.- No lo creo. Está raso.

CERVANTES.- ¿Vio usted aquella representación pasada por agua?

VAGAL.- Me la contaron. A poco de empezar, se puso a llover. Nadie se movió. Arriba estaban los actores, calados hasta los huesos. Abajo, el público. Las mujeres se echaron las sayas sobre la cabeza. Los hombres, se encogieron. Por no estorbar la vista, ninguno abrió el paraguas. El agua resbalaba por las caras embargadas por la emoción, aguardando lo que al instante siguiente sucedería. Y lo que sucedió fue que, en medio del diluvio, viendo el respetable que la fregona Cristinica daba calabazas al soldado para maridarse con el sacristán Lorenzo Pasillas, amenazó con intervenir.

CERVANTES.- Comprendo que no fuera de su agrado el desenlace del entremés, pero así suelen acabar estas cosas. No creo que sea honrado poner finales felices sólo por halagar.

VAGAL.- No era contra usted el alboroto, sino contra la muchacha.

CERVANTES.- Así se entendió correctamente que fue ella, no yo, la que decidió con quien casarse.

VAGAL.- Si no llegó la sangre al río, fue gracias al actor que hacía de sacristán. Se adelanto al borde del escenario y advirtió que allí no había sacristán, ni soldado, ni zapatero, ni criada, ni amo, sino unos cuantos jóvenes y todavía poco sueltos actores.

CERVANTES.- Si los convenció, tuvo suerte.

VAGAL.- Me parece que el escenario está a punto. Siento no haber dispuesto de otro mejor.

CERVANTES.- Ninguno es malo para el teatro. Sólo se necesita espacio para poner cuatro bancos en cuadro y unas tablas encima. Y para adorno, basta una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte a otra. Así se lo vi hacer a Lope de Rueda. Y así podrá hacerse siempre. Llegado el caso, se puede prescindir de la tramoya y de tantas nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas como fueron metiendo en los escenarios los que vinieron después. Y hasta los actores pueden aligerar su equipaje. ¿Para que cargar con tantos cofres y baúles, si en un costal cabe cuanto necesitan? Cuatro pellicos blancos, cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados. ¡Es todo!

VAGAL.- Hablando de los actores, ahí asoman.

CERVANTES.- ¿Qué resplandor es ese que les envuelve?

VAGAL.- Las luces de los focos. Pero silencio, señor Cervantes.

## II

ACTOR/MARIDO.- Enjugad, señora, esas lágrimas, y poned pausa a vuestros suspiros, considerando que cuatro días de ausencia no son siglos.

CERVANTES.- Es *La Cueva de Salamanca*.

VAGAL.- ¡Chiss!

ACTOR/MARIDO.- Yo volveré, a lo más largo, a los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor, por no turbar la vuestra, romper mi palabra y dejar esta jornada, que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

ACTRIZ/ESPOSA.- No quiero yo, mi señor, que por respeto mío vos parezcáis descortés. Id en hora buena, y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas, que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere. Sólo os encargo la vuelta, y que no paséis del termino que habéis puesto. ¡Tenme, Cristina, que se me aprieta el corazón!

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Desmayose! ¡Oh, que bien hayan las bodas y las fiestas! En verdad, señor, que si yo fuera vuestra merced, nunca allá fuera.

ACTOR/MARIDO.- Entra, hija, por un vaso de agua para echársela en el rostro. Más espera, direle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver los desmayos.

ACTRIZ/CRISTINA.- Ya vuelve, y con ganas de hablar.

ACTRIZ/ESPOSA.- Basta; ello ha de ser forzoso; no hay sino tener paciencia, bien mío; cuanto más os detuviéredes, más dilatáis mi contento. Vuestro compadre Leoniso os debe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios: que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

ACTOR/MARIDO.- Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

ACTRIZ/ESPOSA.- No, no, descanso mío; que mi gusto está en el vuestro; y por agora, más que os vayáis que no os quedéis, pues es vuestra honra la mía.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Oh, espejo del matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto a sus maridos como mi señora quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

ACTRIZ/ESPOSA.- Entra, Cristinica, y saca mi manto, que quiero acompañar a tu señor hasta dejarle en el coche.

ACTOR/MARIDO.- No, por mi amor; abrazadme, y quedaos, por vida mía. Cristinica, ten cuidado de deleitar a tu señora, que yo te prometo un calzado cuando vuelva, como tú lo quisieres.

ACTRIZ/CRISTINA.- Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora, porque la pienso persuadir de manera que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuestra merced le ha de hacer.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! Porque, ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores, sí.

ACTOR/MARIDO.- Ya no lo puedo sufrir. Quedad en paz, lumbre destos ojos, los cuales no verán cosas que les dé placer hasta volveros a ver.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Fuese! ¡Al fin!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Vayas, y no vuelvas! ¡Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos!

ACTRIZ/CRISTINA.- Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

ACTRIZ/CRISTINA.- ¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera, la guardadora de nuestro secreto, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el rey en Jueves Santo a sus pobres; sino que la canasta es de Pascua. Porque hay en ella empanadas, fiambreras, guisado de pechugas de gallina, y dos capones que aun no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y, sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino bueno, que huele que trasciende.

ACTRIZ/ESPOSA.- Es muy cumplido, y lo fue siempre, mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¿Pues qué le falta a mi maese Nicolás, barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido?

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Pusiste la canasta en salvo?

ACTRIZ/CRISTINA.- En la cocina la tengo, cubierta con un lienzo por el disimulo.

ACTRIZ/ESPOSA.- Cristina, mira quién llama a la puerta.

ACTRIZ/CRISTINA.- Quien sea ya está dentro de la casa.

ACTOR/ESTUDIANTE.- Señoras, soy yo, un pobre estudiante.

ACTRIZ/CRISTINA.- Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es ésta, que no hay pobre que espere a que le saquen la limosna a la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan a quien duerme, o si no!

ACTOR/ESTUDIANTE.- Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuestra merced; cuanto más que yo no quería ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeriza o pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que, según se me trasluce, parece que con grandísimo rigor a la tierra amenazan.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Y de dónde venís, amigo?

ACTOR/ESTUDIANTE.- Salmantino soy, señora mía; quiero decir que soy de Salamanca. Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vime sólo; determiné volverme a mi tierra: robáronme los lacayos o los compañeros del bandolero Roque Guinarde en Cataluña, porque él estaba ausente, que a estar allí, no consintiera que se me hiciese agravio, porque es muy cortés y comedido, y además limosnero. Hame tomado a estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡En verdad, Cristina, que me ha movido a lástima el estudiante!

ACTRIZ/CRISTINA.- Ya me tiene a mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real; quiero decir, que en las reliquias de la canasta habrá quien adore su hambre; y más, que me ayudará a pelar la volatería que viene en la cesta.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Pues cómo, Cristina, quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

ACTRIZ/CRISTINA.- No tiene pinta de ser hablador. Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

ACTOR/ESTUDIANTE.- ¿Cómo si sé pelar? No entiendo eso de saber pelar, si no es que quiere vuesa merced motejarme de pelón; que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelón del mundo.

ACTRIZ/CRISTINA.- No lo digo yo por eso, en mi ánimo, sino por saber si sabía pelar dos o tres pares de capones.

ACTOR/ESTUDIANTE.- Lo que sabré responder es que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

ACTRIZ/ESPOSA.- Desa manera, ¿quién duda sino que sabrá pelar no sólo capones, sino gansos y avutardas? Y, en esto de guardar secreto, ¿cómo le va? Y acaso ¿es tentado de decir todo lo que ve, imagina o siente?

ACTOR/ESTUDIANTE.- Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el matadero de Madrid, que yo desplegue mis labios para decir palabra alguna.

ACTRIZ/CRISTINA.- Pues tapónese esa boca, y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y afílese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los pies que quisiere para su cama.

ACTOR/ESTUDIANTE.- Con siete tendré demasiado: que no soy nada codicioso ni regalado.

ACTRIZ/CRISTINA.- Ya llegan puntuales el sacristán y el barbero.

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Oh, que en hora buena estén los cocheros y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas, y las dos recíprocas voluntades que sirven de basas y columnas a la amorosa fábrica de nuestros deseos!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Esto sólo me enfada de él! Reponce mío: habla, por tu vida, a lo moderno y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

ACTOR/BARBERO.- Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato; pan por vino y vino por pan, o como suele decirse.

ACTOR/SACRISTÁN.- Sí, que diferencia ha de haber de un sacristán gramático a un barbero romancista.

ACTRIZ/CRISTINA.- Para lo que yo he menester a mi barbero, tanto latín sabe, y aun más, que supo Antonio de Nebrija. Y no se dispute ahora de ciencia ni de modos de hablar; que cada uno habla, si no como debe, a lo menos como sabe; y entrémonos, y manos a la labor, que hay mucho que hacer.

ACTOR/ESTUDIANTE.- Y mucho que pelar.

ACTOR/SACRISTÁN.- ¿Quién es este buen hombre?

ACTRIZ/ESPOSA.- Un pobre estudiante salamanquino que pide albergue para noche.

ACTOR/SACRISTÁN.- Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y váyase con Dios.

ACTOR/ESTUDIANTE.- Señor Sacristán, recibo y agradezco la merced

y la limosna; pero yo soy mudo, y pelón además, como lo ha menester esta señora doncella que me tiene convidado; y voto a... de no irme esta noche de esta casa, si todo el mundo me lo manda. Confíese vuestra merced mucho de enhoramala de un hombre de mis prendas que se contenta de dormir en un pajar; y si temen por sus capones, péleselos el Turco y cómanselos ellos, y nunca del cuero les salgan.

ACTOR/BARBERO.- Éste más parece rufián que pobre; talle tiene de alzarse con toda la casa.

ACTRIZ/CRISTINA.- No medre yo, si no me contenta el brío. Entrémonos todos, y demos orden en lo que se ha de hacer; que el pobre pelará y callará como en misa.

ACTOR/ESTUDIANTE.- Y aún como en vísperas.

ACTOR/SACRISTÁN.- Puesto me ha miedo el pobre estudiante; yo apostaré que sabe más latín que yo.

ACTRIZ/ESPOSA.- De ahí le deben de nacer los bríos que tiene; pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¿Vienen de una vez?

VAGAL.- ¿Ha visto, señor Cervantes, cuantos curiosos se han acercado a ver el entremés.

CERVANTES.- Es un regalo del cielo que no haya mosqueteros que alboroten.

VAGAL.- Ahí entran el marido y su compadre.

ACTOR/COMPADRE.- Luego lo vi yo que nos había de faltar la rueda. No hay cochero que no sea porfiado; si él rodeara un

poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

ACTOR/MARIDO.- A mí no se me da nada; que antes gusto de volverme y pasar esta noche con mi esposa, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para espirar, del sentimiento de mi partida.

ACTOR/COMPADRE.- ¡Gran mujer! De buena gana os ha dado el cielo, señor compadre. Dadle gracias por ello.

ACTOR/MARIDO.- Yo se las doy como puedo, y no como debo; no hay Lucrecia que le llegue, ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

VALLE-INCLÁN.- ¿Qué hará cuando descubra que le pone los cuernos su mujer?

CERVANTES.- ¿Quién es ese chivo que habla a destiempo?

VAGAL.- El Valle del que le hablé antes.

ACTOR/MARIDO.- ¿Es a mí?

VALLE-INCLÁN.- A usted.

ACTOR/MARIDO.- No es el caso. Y aunque lo fuera, está decidido que no me entere.

VALLE-INCLÁN.- Suponga que una vecina cotilla le viene con el cuento. Imagínese cabrón.

ACTOR/MARIDO.- La mataría, como manda Dios.

VALLE-INCLÁN.- Disculpe la interrupción.

ACTOR/MARIDO.- ¿Dónde estábamos?

ACTOR/COMPADRE.- Cuando entran todos y el sacristán dice aquello de linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor. Y tu llamas a la puerta.

ACTOR/MARIDO.- Continuamos, pues. Gente dormida, ¿no oís? ¡Cómo! ¿Y tan temprano tenéis atrancada la puerta? Las cautelas de mi esposa deben de andar por aquí.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Ay, desdichada! A la voz, y a los golpes, mi marido es éste; algo le debe de haber sucedido, pues él se vuelve. Señores, a recogerse a la carbonera: digo al desván, donde está el carbón. Corre, Cristina, y llévalos, que yo entretendré a mi esposo de modo que tengas lugar para todo.

ACTOR/ESTUDIANTE.- ¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Gentil relente, por cierto! ¡Ea, vengan todos!

ACTOR/MARIDO.- ¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abrís, lirones?

ACTOR/ESTUDIANTE.- Es el caso, que yo no quiero correr la suerte de estos señores. Escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme a mí al pajar, que si allí me hallan, antes pareceré pobre que adúltero.

ACTRIZ/CRISTINA.- Caminen, que se hunde la casa a golpes.

ACTOR/SACRISTÁN.- El alma llevo en los dientes.

ACTOR/BARBERO.- Y yo en los calcañares.

VALLE-INCLÁN.- Disculpe de nuevo. ¿Por qué en vez de llamar no

ha pegado la oreja a la puerta?

ACTOR/MARIDO.- Hubiera escuchado lo mismo que usted y el resto del auditorio, pero el libreto no indica que mi personaje tenga el oído tan fino.

CERVANTES.- ¡Y ahora, el muy impertinente se sube al escenario!  
¿Está permitido eso?

VAGAL.- Valle siempre fue algo estrafalario.

CERVANTES.- ¡Haré que baje!

VAGAL.- ¿Cómo?

CERVANTES.- A punta de espada. O a bastonazos.

VAGAL.- Raro será que alguno de ustedes no se quede manco de ambas manos.

CERVANTES.- ¿He de aguantarme?

VAGAL.- Otra cosa sería un error.

VALLE-INCLÁN.- Suponga que entre el sacristán y su esposa hubiera habido una plática de este tenor. Ella: "¿Qué toma usted para tener esa voz perlada?"; él: "Rejalgares que me da una vecina muy flamenca"; ella: "Serán rejalgares, pero a usted se le convierten en jarabe de pico"; él: "Usted no me ha oído suspirar"... ¿De qué se ríen? Sigán, sigán ustedes...

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿De verdad?

VALLE-INCLÁN.- ¡Adelante!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Es usted más rica que una ciruela!

ACTRIZ/ESPOSA.- Demonio tentador, ¿adónde me conduce?

VALLE-INCLÁN.- Den paso al tuteo. Y usted, sacristán, pruebe a caminar cojeando. Así, como lo hago yo.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Adónde me conduces, demonio tentador? ¡Buscas la perdición de los dos! ¡Déjame ser honrada al lado de mi esposo!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¿Ya nada soy para ti? ¿Ya no dicto ninguna palabra a tu corazón?

ACTRIZ/ESPOSA.- Ten juicio y no me sofoques.

CERVANTES.- ¿Se puede ser celoso con una mujer tan prudente, amigo Vagal?

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Tu buscas verme desesperado!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Olvidas a mi esposo?

ACTOR/SACRISTÁN.- Quiéreme, que tengo buena muleta para lidiar a ese toro.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Antes nos mata!

ACTOR/SACRISTÁN.- No llames a esa puerta tan negra.

ACTRIZ/ESPOSA.- La vida es muy rica. A mí me va muy bien en ella. ¡Vete! Ahora no me pidas cosa ninguna. Mi honra nos separa.

ACTOR/SACRISTÁN.- Mujer extraordinaria.

ACTRIZ/ESPOSA.- Como debe ser.

ACTOR/SACRISTÁN.- Cuando te contemplo, amor mío, me entra como éxtasis.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Qué noche de luceros!

ACTOR/SACRISTÁN.- La propia de un idilio.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Calla, traidor! ¡Si me amas, calla! ¡No me ofusques! ¡Soy una débil mujer enamorada!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Muéstralo!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Por qué me hablas así, cuando sabes que soy tuya?

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Aún no lo has sido!

ACTRIZ-ESPOSA.- ¡Qué compromiso! Me pedirías la vida y no sabría negártela, hombre fatal. ¡Ay, tu conseguirás perderme!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Tormento!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Tirano!

VALLE-INCLÁN.- Usted, señora, suspira y se lleva las manos a las sienes. Usted, caballero, la abraza por el talle y guipa en la vasta amplitud de sus senos. Y usted, marido cornudo, vaya rumiando lo que toca hacer en estos casos.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡La cabeza se me vuela!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Mujer adorada!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Casi no te veo!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Arrebato de sangre! ¡Confusión de nervios!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Zaragatero!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Negróna!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Me pierdes!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Fea!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Déjame!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡No puedo!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Qué hombre!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡El propio para tus fuegos! ¡Me enciendes en una llama!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Calla!... ¡Pasos en la casa y abrir y cerrar de puertas! ¡Estamos perdidos!

ACTOR/SACRISTÁN.- ¡Si me amas, sígueme!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Seré tu sierva!

VALLE-INCLÁN.- Señor calzonazos, su esposa se escapa con ese pendejo.

ACTOR/MARIDO.- ¿Cómo se lava el honor?

VALLE-INCLÁN.- Usted lo dijo antes: matando a los culpables. Luego, si lo estima oportuno, les canta el gori-gori.

ACTOR/MARIDO.- ¡Morirán degollados! ¡La sangre del adulterio

correrá a raudales!

VALLE-INCLÁN.- No sea bárbaro. Tome este pistolón.

ACTOR/MARIDO.- ¿Está cargado?

VALLE-INCLÁN.- Listo para el pim, pam, pum.

ACTOR/MARIDO.- ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! No me temblará la mano. Si mi mujer ha salido rana, pim, pam, pum. Hecha justicia, me quemó en el infierno.

CERVANTES.- ¿Dónde están mis personajes?

VAGAL.- A la vista del revólver, han escapado.

CERVANTES.- ¡Señor cómico, devuelva el arma a quien la ha puesto en su mano! Así está mejor.

VAGAL.- Valle desaloja el escenario. Las aguas vuelven a su cauce. Ya asoma un personaje. La representación continúa.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

ACTOR/ESPOSO.- Yo.

ACTRIZ/ESPOSA.- No eres tú.

ACTOR/MARIDO.- Soy yo, que habiendo salido de viaje, he tenido un percance y he regresado a casa antes de tiempo. Dame otra vez el pie para que diga: ¡Ábreme, que ha media hora que estoy rompiendo a golpes estas puertas!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Cómo quieres ser tú, si ya estás dentro de la casa?

ACTOR/MARIDO.- ¿Dentro? ¿Qué confusión es esta? ¿Cómo he podido entrar?

ACTRIZ/ESPOSA.- Con la llave maestra.

ACTOR/MARIDO.- ¿Quién llama entonces?

ACTRIZ/ESPOSA.- A eso ha de responder Cristinica.

ACTOR/MARIDO.- ¿Y dónde está?

ACTRIZ/CRISTINA.- Aquí vengo. Estaba distraída.

ACTOR/MARIDO.- Veamos si es posible seguir. Lllaman a la puerta y yo digo: ¿pero quién llama con tanta priesa? Mira, Cristinica, quién es, y, si es pobre, dale limosna y despídele.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¿Quién está ahí?

ACTRIZ/VECINA.- La vecina Ortigosa es, señora Cristina.

ACTOR/MARIDO.- ¿Ortigosa y vecina? ¡Dios sea conmigo! Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condición que no atraviese estos umbrales.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¿Y que quiere, señora vecina?

ACTOR/MARIDO.- El nombre de vecina me turba y me sobresalta. Llámala por su propio nombre, Cristina.

ACTRIZ/CRISTINA.- Responda: ¿y qué quiere, señora Ortigosa?

ACTRIZ/VECINA.- A su señor quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

ACTOR/MARIDO.- Decidla, sobrina, a esa señora, que a mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Jesús, y qué condición tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hanme de comer de ojo? ¿Hanme de llevar por los aires?

ACTOR/MARIDO.- ¡Entre con cien mil diablos, pues vos lo queréis!

ACTRIZ/CRISTINA.- Entre, señora vecina.

ACTOR/MARIDO.- ¡Nombre fatal para mí es el de vecina!

ACTRIZ/VECINA.- Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuestra merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir a suplicar a vuestra merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí, porque tengo un hijo preso...

CERVANTES.- ¡Dios Santo! ¡Qué despropósito! Se han pasado de un entremés a otro. Y todo por culpa de ese Valle. Donde había un marido bobo hay ahora un viejo celoso. ¡Tengo que advertírselo a los actores!

VAGAL.- Será peor el remedio que la enfermedad. La gente no se ha percatado del cambio y está muy pendiente de lo que pasa ahí arriba. Y en cuanto a los actores, si pierden otra vez el pie, perderán también la cabeza.

ACTRIZ/VECINA.- La labor es buena, el guadamecí nuevo, y, con todo eso, le daré por lo que vuestra merced quisiere darme por él. Tenga vuestra merced de esa punta, señora mía, y desdoblémosle, por que no vea su marido que hay engaño en mis palabras, alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

CERVANTES.- Sólo falta que ese galán que ahora se mete por detrás del guadamecí, no se haya enterado de la mudanza habida y, como antes hacía de estudiante de Salamanca, le de por organizar, fuera de lugar, el conjuro burlesco. Ojalá se esté quieto y callado detrás de esa puerta.

VAGAL.- ¡Buena sería! El escenario lleno de falsos demonios.

ACTOR/MARIDO.- ¡Oh, qué lindo Rodamante! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy de estas cosas y de estos rebocitos, se espantaría.

ACTRIZ/CRISTINA.- Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Ortigosa tiene la culpa; que a mí, el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase. No, en mi conciencia; aun el diablo sería si mi señor tío me echase a mí la culpa de su entrada.

ACTOR/MARIDO.- Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Ortigosa tiene la culpa, pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición, ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.

ACTRIZ/ESPOSA.- Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

ACTRIZ/CRISTINA.- Pues por eso digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Quemado vea yo ese pico de once varas! En fin, quien con muchachos se acuesta, etcétera...

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto todo este lío!

ACTOR/MARIDO.- Señora Ortigosa, yo no soy amigo de figuras

rebozadas ni por rebozar. Tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere; y a de ser luego, y llévese su guadamecí.

ACTRIZ/VECINA.- Viva vuestra merced más años que Matusalén, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama, a quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.

ACTOR/MARIDO.- Señora Ortigosa, abrevie y váyase, y no se esté ahora juzgando almas ajenas.

ACTRIZ/VECINA.- Si vuestra merced hubiere menester algún parche para la madre, téngolos milagrosos; y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

ACTOR/MARIDO.- Abrevie, señora Ortigosa, que mi esposa, ni tiene madre, ni dolor de muelas; que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

ACTRIZ/VECINA.- Ella se las sacará, placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida; y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

ACTOR/MARIDO.- ¡Aquí de Dios! ¿Que no será posible que me deje esta vecina? ¡Ortigosa, o diablo, o vecina, o lo que seas, vete con Dios y déjame en mi casa!

ACTRIZ/VECINA.- Justa es la demanda y vuestra merced no se enoje, que ya me voy.

ACTOR/MARIDO.- ¡Oh, vecinas, vecinas! Escaldado quedo aun de las buenas palabras de esta vecina, por haber salido por boca

de vecina.

ACTRIZ/ESPOSA.- Digo que tenéis condición de bárbaro y de salvaje; ¿Y qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal. ¡Dístele dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias!

ACTOR/MARIDO.- No, no; este asunto va a acabar mal. No me parece bien que defendáis tanto a vuestra vecina.

ACTRIZ/CRISTINA.- Señora tía, éntrese allá dentro y desenójese, y deje a tío, que parece que está enojado.

ACTRIZ/ESPOSA.- Así lo haré, sobrina, y aun quizá no me verá la cara en estas dos horas; y a fe que yo se la de a beber por más que la rehuse.

ACTRIZ/CRISTINA.- Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va a buscar una tranca para asegurar la puerta.

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- ¿Cristinica? ¿Cristinica?

ACTRIZ/CRISTINA.- ¿Qué quiere, tía?

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca a mil azahares.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad que, si le vieses, que se te alegrase el alma.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, a decir deshonestidades.

ACTOR/MARIDO.- ¿Bobeas, esposa? ¡Pues a fe que no estoy yo de humor para sufrir esas burlas!

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- Que no son sino veras; y tan veras, que en este género no pueden ser mayores.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- No, sobrina; pero otra vez vendrá, si quiere Ortigosa, la vecina.

ACTOR/MARIDO.- Esposa, di lo que quisieres, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- También me tiemblan a mí por amor de la vecina.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo!

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Ríñala, tío; ríñala, tío; que se desvergüenza mucho!

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- Lavar quiero a un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

ACTRIZ/CRISTINA.- ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

¡Despedácela, tío!

ACTOR/MARIDO.- No la despedazaré yo a ella, sino a la puerta que la encubre.

VOZ DE ACTRIZ/ESPOSA.- No hay para qué; vela aquí abierta. Entre y verá como es verdad cuanto le he dicho.

ACTOR/MARIDO.- Aunque sé que te burlas, si entraré para desenojarte.

ACTOR/GALÁN.- Échele el agua de la bacía en los ojos, señora, que se ciegue y no vea como escapo.

ACTOR/MARIDO.- ¡Por Dios, que por poco me cegaras, esposa! ¡Al diablo le den las burlas que se arremeten a los ojos!

ACTRIZ/ESPOSA.- ¡Mirad con quién me caso mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡Mirad cómo dio crédito a mis mentiras, por su..., fundadas en materia de celos, que menoscabada y asendereada sea mi ventura! ¡Pagad vosotros, cabellos, las deudas de este viejo! ¡Llorad vosotros, ojos, las culpas de este maldito! ¡Mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas veras y de los entretenimientos maldiciones! ¡Ay, que se me arranca el alma!

VALLE-INCLÁN.- He tenido mucho gusto, señor don Miguel de Cervantes.

CERVANTES.- ¿Me conoce?

VALLE-INCLÁN.- Tengo muy visto su retrato. Le pido disculpas por no esperar a las canciones y al baile y por el momentáneo secuestro de sus personajes.

CERVANTES.- ¿Por qué lo ha hecho?

VALLE-INCLÁN.- No lo sé. Cuando uno busca un lugar para su teatro, anda y desanda muchos caminos. Callejones sin salida, atajos absurdos, vías llenas de obstáculos, senderos sinuosos... Al final, algo te dice que hay que dirigirse a las fuentes del drama. Emprendes el viaje y, apenas has dado unos pocos pasos, aparece usted. ¡Trazo fácil y suelto el suyo! ¡Un modelo!

CERVANTES.- No pudo encontrar otro peor. Le auguro muchos sinsabores.

VALLE-INCLÁN.- A estas alturas, el pronóstico ya es certeza. Los padecí mientras estuve entre los vivos. Pero en este tiempo vago en el que ahora hablamos por antojo de un colega, que, viendo en el calendario que este es el año en que se cumplen cuatro siglos y medio de su nacimiento, se ha sumado a las preceptivas conmemoraciones...

VAGAL.- ¡Protesto!

VALLE-INCLÁN.- ¿Nos escuchaba?

VAGAL.- Anoto lo que están diciendo.

VALLE-INCLÁN.- ¿Para ponerlo en esta obra?

VAGAL.- Si ustedes no se oponen...

VALLE-INCLÁN.- A mi me importa un bledo. Pero hace mal en aprovechar la simbólica exhumación del cadáver de este genio para sumarse a las habituales elegías póstumas. Debiera saber, porque lo ha dicho un buen amigo suyo, que, pasadas estas hojas del calendario, el señor Cervantes será

apeado del túmulo y arrojado a una fosa muladar con fachada de mausoleo de inmortales. ¡Una vergüenza!

VAGAL.- Sepa, admirado Valle, que procuraré evitar el aire funeral que tanto le repugna.

VALLE-INCLÁN.- Veremos si lo consigue.

VAGAL.- Odio la cultura de la muerte.

VALLE-INCLÁN.- ¿Ha terminado?

VAGAL.- Sí, señor.

VALLE-INCLÁN.- Le decía, don Miguel, que en este tiempo impreciso en que sigo buscando el norte de mi teatro, cuando lo único que tengo claro es que el drama psicológico es un disparate, admiro como ha percibido que el hombre guarda sus burlas para los congéneres. Las lágrimas y las risas nacen de la contemplación de las cosas que les pasan a nuestros semejantes. Pero hay algo que me atrae más, si cabe. Su teatro está hecho con retazos de vida contemplados bajo un punto de vista deformado. Eso es: deformado.

CERVANTES.- ¿Insinúa que saco de quicio a mis personajes?

VALLE-INCLÁN.- ¡Exacto! Los hace hablar y moverse entre insinuaciones irónicas y diálogos chispeantes. ¡Es una forma de ver el mundo!

CERVANTES.- ¿Le parece interesante?

VALLE-INCLÁN.- ¡Y cuánto! Al oír sus palabras en boca de esos farsantes, acuden a mi memoria los tabanques de muñecos. ¿Sabe que son más sugestivos que todo el retórico teatro español?

CERVANTES.- Entonces no se hablaba de eso.

VALLE-INCLÁN.- Ronda por mi cabeza algo que empieza tomar forma, pero que carece de nombre. Se llamará esperpento, pero eso, ni usted, ni yo, lo sabemos todavía. Cuando más adelante hable de él es posible que diga que me lo inspiraron los muñecos del compadre Fidel, o los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos del callejón del Gato, o las conversaciones de los muertos al contarse historias de los vivos, o ,quizás, que lo inventó Goya. Puede que apenas le cite a usted. Pero ahora que tengo la ocasión, déjeme que le diga que, detrás de todo eso, veo su sombra gigantesca. Y para un cascarrabias como yo, poco dado a los elogios, he dicho demasiado. Adiós.

CERVANTES.- No se vaya. Tenemos tanto que hablar...

VALLE-INCLÁN.- Está todo dicho. Y además, ¿no se da cuenta de que algunos espectadores avispados han arreado con sus personajes?

CERVANTES.- ¿Es normal que esto pase? ¿Así suelen acabar las funciones en estos tiempos?

VAGAL.- No corren peligro.

CERVANTES.- Quiero verlos.

VAGAL.- Están en lugar seguro y en buenas manos.

CERVANTES.- ¿Por dónde se han ido tan presto que ya no hay ninguno en el escenario? ¿Quienes tienen el poder de esconderlos a la vista en un abrir y cerrar de ojos?

VAGAL.- Diga mejor, en un abrir y cerrar de trampillas.

CERVANTES.- ¿Tiene huecos este suelo?

VAGAL.- Véalos.

CERVANTES.- ¿Hemos de meternos ahí dentro?

VAGAL.- Sí, si quiere seguir los pasos de sus personajes.

CERVANTES.- Siempre me han parecido estos agujeros el camino más corto para llegar al centro de la Tierra.

VAGAL.- No llegaremos tan hondo. Estos sólo conducen a las catacumbas del teatro.

CERVANTES.- Esos son lugares más propios de los primitivos cristianos de Roma.

VAGAL.- El teatro español también tiene subterráneos.

CERVANTES.- ¿Quienes los habitan?

VAGAL.- Teatreros empeñados en alumbrar un nuevo y extraño género. No le asombre que en el camino encontremos reyes, putas, celestinas, frailes, monjas, duquesas y majas...  
¡Una extensa baraja popular! ¡Un desfile de fiesta mayor!  
¡La familia ibérica en pleno!

CERVANTES.- ¿Puede saberse por qué se esconden?

VAGAL.- Se preparan para romper, cuando llegue la hora, la costra mesetaria de nuestro sempiterno designio histórico. Hablo de intransigencias inquisitoriales.

CERVANTES.- ¡Dura corteza!

VAGAL.- Cuando salte será un gozo de luz, una ruleta de mil

vértigos.

CERVANTES.- ¿No sueña despierto, Vagal?

VAGAL.- Puede. Es posible que, antes de que todo eso pase, nos toque hacer a todos un viaje purgatorial. ¿Entro yo primero?

CERVANTES.- Por favor...

### III

VOZ DE CERVANTES.- ¡Cuanta cueva y cuanto laberinto!

VOZ DE VAGAL.- Barrunto que nos hemos metido en la alcantarilla de Larbinio.

VOZ DE CERVANTES.- ¿Quién es ese Larbinio?

VOZ DE VAGAL.- El Tarzán de los evacuatorios.

VOZ DE CERVANTES.- Otro desconocido.

VOZ DE VAGAL.- A buen seguro no lo son los que hablan ahí cerca.

VOZ DE CERVANTES.- ¡Oigo a Pedro de la Rana y a Mariana!

VOZ DE VAGAL.- Y el miau de un gato.

VOZ DE CERVANTES.- ¿Tiene algún significado?

VOZ DE VAGAL.- Estamos en el retiro de Paco Nieva.

VOZ DE CERVANTES.- Con éste son tres los nombres que nada me dicen.

VOZ DE VAGAL.- A su tiempo le daré razón de todos. Adelante.

CERVANTES.- ¡¿Qué es esto?! Uno, dos, tres, cuatro... ¡siete personajes! ¿Y los demás? ¡No veo a Escarramán, ni a Pedro Estornudo, ni a Chanfalla, ni a... ¿Qué ha sido de ellos?

VAGAL.- Estarán en el refugio de otros autores. ¿Quiere que vayamos en su busca?

CERVANTES.- ¡Cuanto antes!

NIEVA.- Escuchad, queridos, este poema... o adivinanza.

VAGAL.- Por aquí, señor Cervantes...

CERVANTES.- Enseguida... Un momento... ¿Qué hace ese hombre? ¿Va a hablar a esos muñecons tiesos?

VAGAL.- Son sus personajes.

CERVANTES.- Les falta el ánimo para ser personas.

NIEVA.- El teatro es vida alucinada e intensa.  
No es el mundo, ni manifestación a la luz del sol,  
ni comunicación a voces de la realidad práctica.  
Es una ceremonia ilegal,  
un crimen gustoso e impune.  
Es alteración y disfraz:  
Actores y público llevan antifaces,  
maquillajes,  
llevan distintos trajes...

o van desnudos.  
Nadie se conoce, todos son distintos,  
todos son los "otros",  
todos son intérpretes del aquelarre.

VAGAL.- ¿Vamos?

CERVANTES.- Luego.

NIEVA.- El teatro es tentación siempre renovada,  
cántico, lloro, arrepentimiento, complacencia y martirio.  
Es el gran cercado orgiástico y sin evasión;  
es el otro mundo, la otra vida,  
el más allá de nuestra conciencia.  
Es medicina secreta,  
hechicería,  
alquimia del espíritu,  
jubiloso furor sin tregua.

Bien sabéis que os voy haciendo poco a poco. Nadie podrá decir que no tengo en cuenta los consejos que recibo de los buenos amigos. De Artaud aprendí que el teatro ha de ser orgía. Orgía de sangre, de placer, de tormento, de confesión... Con Genet estoy de acuerdo en que el delito y la tentación son formas de conocimiento. Y me entusiasma la sinceridad de sus criaturas. ¿Y qué decir de las enseñanzas de Jarry, Beckett, Ionesco, Fellini, Ghelderode... A todos debo. Nunca negaré su influencia. Ni la de otros. Compartimos la idea de un teatro catártico y liberador. Pero quiero para vosotros algo que ellos no me han dado: la palabra. ¡Gran instrumento! "¡Cuidado con ella! ¡Es elemento de dominio!", me dice alguno. Y yo respondo: ¡Y de rebeldía y liberación! Todo lo tenéis, queridos. Sólo os falta hablar, romper el silencio. Ha llegado la hora de aprendáis a hacerlo. Quiero que la lengua se os escape y se os vuelva serpentina, que las palabras os salgan sueltas, como titiriteras desnudas que blasfeman en el columpio. Mi

propósito es que hagáis, con un lenguaje entre lírico y escatológico, liquidación irónica de la España negra. Sólo entonces asomará la España embrujada por un alegre instinto dionisiaco, germen de todas las fiestas. Estos amigos que os traigo son los monarcas del entremés satírico. Otro día invitaremos a otros personajes de su siglo y aún del anterior.

CERVANTES.- ¿A quiénes se refiere?

VAGAL.- A la Celestina y a los hijos que soñó Quevedo.

NIEVA.- Prole de Cervantes, pues mis personajes no tienen todavía el don de la palabra, permitid que sea yo el que los presente. Ésa que está despatarrada se llama Priscila. Es una criada un tanto basta. Cuando aprenda a hablar quiero que imite de forma natural el balido de las cabras y el gruñido de los cerdos. Aquél pícaro capón, nalgado y abotijado es Frasquito, barbero sinvergüenza dónde los haya. El que está a su lado con sotana colorada y un rabo que le arrastra es sacristán y ahijado de una Abadesa. He aquí a una de las varias Coronadas que tengo abocetadas. Ésta es grandona y soltera. Debajo de la bata negra, toda su carne de giganta sin novio apenas esta cubierta con unas bragas de puntillas perversas, un sostén del mimo jaez y unas medias con ligero. ¡Un circo de carne! ¡Un desafío a las Potencias Universales! Y este es su hermano Zebedeo, que no teniendo letras y siendo mudo y rudo, ha llegado a alcalde perpetuo de su pueblo.

PEDRO DE LA RANA.- Perdona que le interrumpa. Teniendo, como dice usted, tan poca ciencia, ¿quién le ha elegido para tan alto cargo?

NIEVA.- Ha bastado su propia voluntad.

PEDRO DE LA RANA.- ¡Y que para llegar a lo mismo yo tenga que pasar un examen riguroso! ¿En qué país y cuándo ha tenido lugar tal suceso, si puede saberse?

NIEVA.- En España, en tiempo de conserva.

PEDRO DE LA RANA.- Siga, siga con las presentaciones, que ya averiguaré que tiempo es ése.

NIEVA.- Continúo con las monjas locas. Son aquellas figuras escuálidas que tienen los hábitos llenos de polvo verde de panteón. La del parche negro sobre el ojo es sor Prega. La del lunar grueso como la cabeza de un gran clavo, sor Isena. Las reservo para un auto de fe imperdonable. Más mujeres. Llega el turno a las hijas secretas de la verdulera Opalos y de la espumadora de basuras Tasia, que siempre andan a la greña. Son, como bien se aprecia, putas. La de la camisa plastrona y sucia es la Blanca. La del camisón descotadísimo e indecente, la Roja. La Blanca es puta fría y la Roja, puta caliente. Va ahora de caballeros. Esa elegantísima silueta envuelta hasta los ojos en espeso grumo de barro gris será, cuando le limpie la cara, un guapo y rubio viajero llamado Silverio. Un bombón de hombre, el novio universal. Aquel que ven en flor de años y con los ojos celestinos, blanco de piel, negro de pelo y con el traje hecho en seda de tabaco, es Cambicio. Tengo tantos Cambicios como Coronadas, pero a éste le he destinado a verse sometido a toda clase de tentaciones y manipulaciones. Me ha salido un incauto, una víctima. Más, ¿a qué seguir las presentaciones? Esto puede ser el cuento de nunca acabar. ¿Por qué no se presentan ustedes y así podremos apreciar su desparpajo?

BACHILLER.- Que hable Pedro de la Rana, que ya lo hizo a destiempo.

SOLDADO.- Sea, que además lo suyo no es hablar, sino cantar.

NIEVA.- ¿Personaje de reópera tenemos?

MARIANA.- Canta mejor que un cisne cuando muere.

PEDRO DE LA RANA.- Como Rana habré de cantar mal. Pero con todo, diré mi condición para que la oiga esa estatua que es mandamás de su pueblo. Puede que algo bueno se le pegue. Si acaso soy alcalde, mi vara no será tan delgada como las que se usan de ordinario. De una encina o de un roble la haré, y gruesa de dos dedos, por temor a que la encorve el dulce peso de un bolsón de ducados, u otras dádivas, o ruegos, o promesas, o favores, que pesan como plomo. Y junto con aquesto, seré bien criado y comedido, parte severo y nada riguroso. Nunca deshonraré al miserable que ante mi traigan sus delitos, que suele lastimar mucho más que la sentencia una palabra de un juez atrevido.

MARIANA.- ¿Se ha visto hombre más justo?

SACRISTÁN.- Punto en boca, Mariana.

MARIANA.- No quiero, que ya le veo con la vara de alcalde, aunque no la tenga todavía. Justicia le pido, que el juez que me la tiene que dar, me la niega.

SACRISTÁN.- No es lugar este para resolver pleitos.

MARIANA.- A nuestro huésped no le ha de importar, ¿verdad?

NIEVA.- Siéntase como en su casa, señora.

MARIANA.- ¡Divorcio, divorcio, y más divorcio, y otras mil veces divorcio!

PEDRO DE LA RANA.- ¿De quién y por qué?

MARIANA.- Del viejo de mi esposo. No puedo sufrir sus impertinencias, ni estar contino atenta a curar todas sus enfermedades, que son sin número. ¡No me criaron a mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera! Muy buena dote llevé al poder de esta espuerta de huesos. Me relumbraba la cara como un espejo, y agora la tengo arrugada. Vuesa merced, señor Rana, me descase, si no quiere que me ahorque. Miré, mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día, por verme casada con una anatomía. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, o confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y que no hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de ambas partes.

PEDRO DE LA RANA.- Pues yo no puedo hacer este divorcio.

MARIANA.- ¡Lo mismo dice que el juez! ¡Lindo alcalde!

PEDRO DE LA RANA.- ¿Y quieres que diga distinto? ¡Hable otro, que yo me callo!

SACRISTÁN.- Preséntate, soldado, antes de que el hambre te deje mudo.

SOLDADO.- ¡Vive Dios, que te de mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos, sota-sacristán de Satanás! ¿De qué te burlas? ¿De mis necesidades presentes? No cae en mengua el soldado que es pobre. Tanta honra tiene el soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios. Has de saber, sombra vana...

SACRISTÁN.- No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLDADO.- ¡Has de saber, sombra vana, que aquí tengo veinte y dos escritos de veinte y dos generales debajo de cuyos estandartes he servido!

SACRISTÁN.- No sé cómo con tantos merecimientos no consigues enamorar a esa fregona que tu y yo conocemos.

SOLDADO.- ¡Oh, mujeres, mujeres todas, o las más, mudables y antojadizas! ¿Por qué me rechaza, si soy jardín de la soldadesca, por qué no oye la música de mis lamentos y congojas, la de mis ansias y pesadumbres? ¿Por qué no me habla? ¿Por qué me maldice cuando me encuentra? ¿Por qué derrama sobre mí las lavazas cuando jabona y el agua de fregar cuando friega? (A Nieva) ¡Es la estrella de mi perdición, antes que el norte de mi esperanza!

NIEVA.- No siga. Bien veo que es usted un soldado de pena.

SOLDADO.- Tengo decidido que, si no la gozo yo, no ha de gozarla ninguno, porque todos los días estaré en su calle y a su puerta. ¡Seré su guarda cuidadosa!

NIEVA.- No descuide la ventana.

SOLDADO.- Buen consejo. Se lo agradezco.

NIEVA.- Y usted, amigo, ¿nada dice?

TRAMPAGOS.- Estoy de luto.

NIEVA.- ¿Es, entonces, el viudo llamado Trampagos?

TRAMPAGOS.- El mismo.

NIEVA.- Su mujer se llamaba Periconá.

TRAMPAGOS.- ¡Ah, Periconona! ¡Periconona mía!

BACHILLER.- Suya y de todo el concejo, que era puta.

TRAMPAGOS.- ¡Miseria humana! ¡Llegose su fin! Yo quedé. Ella ha partido. Y lo peor es que no imagino adónde. Aunque según fue el curso de su vida... ¡Treinta y dos años!

MARIANA.- Mientes, rufián. Eso era para sus amigas y vecinas. No cumplía los cincuenta y seis.

TRAMPAGOS.- A decir verdad, esos tenía. Pero supo encubrirlos de tal manera, que me admiro. ¡Oh, que teñir de canas! ¡Oh, que rizos! Si no fuera porque hará dos años que comenzó a dañársele el aliento, era abrazarla como quien abraza un tiesto de albahaca.

NIEVA.- ¿De qué murió?

TRAMPAGOS.- Casi de nada. Los médicos dijeron que tenía malos los hipocondrios y los hígados. ¡Ah, Periconona! Muchas cosas perdí en la que ya se pudre.

NIEVA.- Por lo que sé, Cervantes hizo cuanto pudo por aliviarle la pena. ¿No tuvo a bien enviarle enseguida tres putas para que eligiera una que le diera consuelo?

TRAMPAGOS.- Y una elegí. Y con ella me caso cada día que hay función.

NIEVA.- ¿Le aburre repetir tanto?

TRAMPAGOS.- ¡Digo que sí!

NIEVA.- ¿Y si, por cambiar, yo le traigo dos de mis putas para que escoja la que le pete?

TRAMPAGOS.- ¿De dónde va a sacarlas?

NIEVA.- Ahí las tengo.

TRAMPAGOS.- ¡Son estatuas!

NIEVA.- Mujeres sin vida aparente.

TRAMPAGOS.- ¿Puede resucitarlas?

NIEVA.- Cuando yo quiera. ¡Ya lo estoy deseando!

TRAMPAGOS.- Vengan en buena hora.

NIEVA.- ¡Blanca, Roja! Se acabó el letargo. ¡Despabilarse,  
niñas! ¡A escena!

LA BLANCA.- ¿Qué pasa?

LA ROJA.- ¿Qué es esto?

NIEVA.- Vuestro primer ensayo.

LA ROJA.- ¿Qué tenemos que hacer?

NIEVA.- Encandilar al abuelo.

LA BLANCA.- ¿A ése?

LA ROJA.- ¡Dios, por la edad que aparenta, nació en la Edad  
Media!

LA BLANCA.- ¡Que espantoso vejestorio! Viéndole, me viene a la  
memoria aquella noche muy carbonera en que tuve a la muerte  
de cliente. Se metió en mi cama con su catarro. Daba diente

con diente. Me fue llenando de frío por dentro y luego se marchó, dejándome sellada por siempre... Me noté un montón de granizo picado allí donde las hembras siempre vamos de abrigo.

TRAMPAGOS.- ¡Por Dios, que esta me pudiera enterrar mañana!

LA ROJA.- No me lo asustes, descolorida. No le hagas caso, braguetero. Ven a mi cama y deja a la Blanca entre sus paños mortuorios. Ven aquí y alza esos ánimos.

LA BLANCA.- Me resigno. No siempre han de ser hombres en capullo, o chicos de pocos años, o figulines de pan mascado. A veces toca hacerse tuerca con fulanos como este. Anda, arrímate a este puerto.

LA ROJA.- Esta foligosa sólo quiere que le cuentes penas.

TRAMPAGOS.- No tengo yo el cuerpo para pláticas.

LA BLANCA.- ¿Quién quiere oírte, ni aún hablarte? Tengo la boca para otras cosas, sin un diente picado todavía y una lengua de caricia.

LA ROJA.- ¡Una cloaca!

LA BLANCA.- ¿Qué dices de mi boca, gorgona, si la tuya es, de todas las trompetas de tu cuerpo, la peor?

LA ROJA.- ¡No le hagas caso, negro del alma! Dame un beso, que yo sabré calmarte el barullo de la sangre.

TRAMPAGOS.- Cese la pendencia. Yo necesito mujer que sea esposa y tributaria, como la Periconá. ¡Un pozo de oro, una mina de plata! ¡Un cuerpo de blancas y hermosas carnes!

LA ROJA.- ¡Ese es el mío!

LA BLANCA.- ¿Con ese vientre de gualdrapa y tal andamiaje de caderas?

LA ROJA.- ¡Qué tenga yo que oír esto! ¡Tonta cruda! ¡Mona zamba!  
¿Qué carnes son las tuyas? Muestra, muestra esas pulpetas velludas y pide parecer a este mundo que nos rodea.

LA BLANCA.- ¡Caza este pichón al vuelo! ¿Estas son pulpetas velludas? Mira este pezón soleado con un rodeo de pecas.

TRAMPAGOS.- Es sabroso en cualquier modo. Digo que aquí escojo a la Blanca.

LA BLANCA.- Y ahora a encerrar, no se vaya a morir ésta de sentimiento envidioso.

LA ROJA.- ¡Señor mío, hínchame de viento y dame flato suficiente para decirle a esta guarra todo lo que ella me inspira!

SACRISTÁN.- ¡¡No!!

PEDRO DE LA RANA.- ¡Pronto, la música!

MÚSICO.- ¿Qué hay que tocar?

LA BLANCA.- Cualquier concierto es mejor que el que prepara esta loca.

MARIANA.- Se anuncia espeso.

SOLDADO.- Se oirá, si no ponemos remedio, en los cuatro vientos.

PEDRO DE LA RANA.- ¡Toquen y bailen pronto!

MÚSICO.- ¿Aunque sea una pepitoria?

PEDRO DE LA RANA.- ¡O una menestra!

MÚSICO.- Vaya este romance. Viene, aunque sea por los pelos, a cuento.

Siempre escogen las mujeres  
aquello que vale menos,  
porque excede su mal gusto  
a cualquier merecimiento.  
Ya no se estima el valor,  
porque se estima el dinero,  
pues un sacristán prefieren  
a un roto soldado lego,  
y al villano en años viejo  
que al joven galán bien puesto.  
Vienen los desdenes luego  
y el adorno de los cuernos,  
pues mudarse las mujeres  
no es caso nuevo ni extraño.  
Oigamos la cantinela  
cuando se mudan los vientos:  
A tus desdenes, ingrata,  
tan usado está mi pecho  
que ya no temo a tus brasas,  
tampoco a tus hielos temo.  
En tu amor pensé anegarme,  
pensé abrasarme en tu fuego,  
más pasadas treinta lunas  
siempre menguantes las veo.  
Todas las cosas se mudan,  
y tu no mudas de intento,  
siempre muda a mis razones  
y siempre sorda a mis ruegos.

SOLDADO.- Que buen estribillo sería eso de no se estima el valor

porque se estima el dinero y lo del sacristán que viene luego.

SACRISTÁN.- ¡Voto a Dios, que es de bellacos el pasatiempo!

BACHILLER.- Traed aquí una manta, que, por Cristo, que se ha de mantear a este necio.

SACRISTÁN.- ¡Mirad que soy presbítero!

BACHILLER.- ¿Tú presbítero, infame?

SACRISTÁN.- ¡Yo presbítero! O de primera tonsura, que es lo mismo.

SOLDADO.- ¡Aquí está la manta!

SACRISTÁN.- ¡Por Dios, que va de veras! ¡Por San Pedro que estáis descomulgados todos cuantos toquéis los pelos de esa manta!

NIEVA.- Este es un manteo en toda regla. Ved como el sacristán, en mitad de la manta, sube y baja por el aire.

SACRISTÁN.- ¡Socorro, justicia!

ZEBEDEO.- ¿Qué novedades son estas en nuestro concejo, señor Paco Nieva? ¡Eso es escupir contra el cielo! Me concedo permiso para respirar. ¡Ea, ya respiro! ¡Y chasco la lengua! ¡Esto es la revolución, la llegada del Anticristo y el parto de los montes! ¡No me digan que Dios aprueba esta ceremonia! ¡Alguacil! ¿Donde está el tal? ¡Zapatón de la justicia! ¡Y pensar que le he criado a mis pechos sin ser alcaldesa! Sacristán Raboso, sal de la modorra. Mira que, aunque ése presuma de cuerpo macizo y tú sólo de rabo, los dos estáis al servicio de la iglesia. Toma la lanza y la

linterna y haz las veces de alguacil. ¡Acude en su defensa!  
¡Enchirona a esa tropa! Y procura no alzarte la sotana, no  
sea que te vean la media rosa y el zapato de tacón.

SACRISTÁN RABOSO.- ¡Llevo una navaja en la liga!

ZEBEDEO.- ¡Calla, sarasa!

MARIANA.- El alguacil de la justicia viene.

SACRISTÁN RABOSO.- ¿Qué se dice en estos casos?

ZEBEDEO.- ¿Qué qué se dice? ¿Lo sabe alguien?

SACRISTÁN.- Prueba a decir: ¡Cuerpo de Dios con los villanos!

SACRISTÁN RABOSO.- ¿Y si pongo algo de mi cosecha? ¿Que tal  
esto? ¡¿Qué voces son éstas, qué gritos, qué lágrimas y qué  
maldiciones?!

CERVANTES.- Se diría que ese Raboso ha leído lo que dice un  
alguacil mío en el entremés aquel del vizcaino fingido. Veamos  
si conoce más cosas de mi repertorio.

LA ROJA.- Es un alguacil de guasa.

LA BLANCA.- Mira a ver si es de los que se mean cuando salen de  
servicio.

LA ROJA.- Mira tú, que yo estornudo con la humedad.

PEDRO DE LA RANA.- ¡Aquí arde Troya y se desmorona Babilonia! Te  
he visto el rabo. No me engañas, sacristán, que antes nos  
han presentado. ¡Métete en tus campanas y en tu oficio!

CERVANTES.- ¡Háganse las paces, no hayamos de arrepentirnos

luego! Salgo al encuentro del sacristán o del alguacil falso. Señor, ¿va a pasar de largo o es preciso que le unte para que sea sordo y ciego?

SACRISTÁN RABOSO.- Mejor me unta.

CERVANTES.- ¿Media docena de escudos es bastante?

SACRISTÁN RABOSO.- Diré aquello de que vuestra merced es liberal y buen caballero.

CERVANTES.- Asunto zanjado, pues.

NIEVA.- A punto llega, señor Cervantes, para acusarme de haber sangrado a sus personajes.

CERVANTES.- No sería justo hacerlo. Otros podrían, con más razón, acusarme de lo mismo. También yo bebí de otros poetas que me precedieron. Siguiendo paso a paso a Lope de Rueda, di en el entremés.

NIEVA.- ¿Así, no me guarda rencor por el pillaje?

CERVANTES.- ¡Un abrazo!

NIEVA.- ¿Puedo servirle en algo?

CERVANTES.- Quédese tranquilo en su casa. Este amigo me acompaña.

NIEVA.- ¿Adónde dirige los pasos?

VAGAL.- El señor Cervantes quiere saber por dónde andan sus personajes.

CERVANTES.- Tenía el convencimiento de que los había consumido

el fuego o de que, en otro caso, estaban muy quietos atrapados en las páginas de los libros. Pero ahora compruebo que estaba equivocado.

VAGAL.- Vamos en su busca. Algunos tendrá en su casa Romero Esteo, que está empeñado en alejarse del teatro de defunción y sepultura. Luego iremos a la de Luis de Riaza y de Garnacho, aunque me temo que, cuando lleguemos, se haya llevado a los invitados a pasear por los cerros de Úbeda. En alguna mesa de Dorín encontraremos a más de un personaje de tertulia con Rodríguez Méndez. No será raro que invite al señor Cervantes a un café. Le respeta y le admira. Y le contará, seguramente, que él también sirvió en la milicia y piso tierra africana. Además tendremos tiempo de conocer a un joven colega que se llama Alfonso Zurro y escribe bufonerías. Y a algún otro que ahora se me olvida. Después de todo eso, el señor Cervantes dirá si acude a la fiesta que le prepara Talía.

CERVANTES.- Insisto en que excede a mis merecimientos.

VAGAL.- Tiene que aceptarla, por usted y por nosotros.

CERVANTES.- Será un homenaje al fracaso. Al mío y al de ustedes, que, por lo que estoy viendo se alimentan de él. ¡Así les va! ¡Y así les irá si no buscan mejor inspiración!

NIEVA.- Por lo que me concierne, no temo al fracaso. El triunfo consume, créame. Los triunfadores están embebidos y sumergidos en el éxito. Sólo se deben a él. Carecen de relieve humano. Parecen muertos. Son como sombras sin consistencia. No envidio las preocupaciones y torturas que soportan. ¡Y no es la más pequeña el miedo al fracaso! Me acostumbé a él muy joven y lo encontré más cómodo que el triunfo.

CERVANTES.- Es posible que hasta le vea ventajas.

NIEVA.- Más de una. Se critica con libertad, nada importa decirle la verdad al mismo lucero del alba, no es obligatorio ser diplomático, ni hay por que tragarse mentiras y sapos como puños. Y no acaba ahí la cosa. Del sentimiento de fracaso se recaba toda la energía de la existencia. Cuando se amortiguan las ansias de competición, la conforme comodidad del fracaso da para mucho. Da mucho de sí.

CERVANTES.- ¿No será usted de esos que quieren fracasar a toda costa?

NIEVA.- Vivo instalado en el fracaso y no lo siento. Mi decisión es vivirlo a tope, soñando fantasías transgresoras. En la más reciente hay una carroza de plomo candente. ¡Una cama viajera con las sábanas al viento! ¡Un retablo de Semana Santa! ¡El suntuoso vehículo de la responsabilidad y la culpa! Desde ella se ve desfilar al mundo enloquecido exultante de fracaso. Un mundo de hombres humildes y errantes. ¡Señor Cervantes, llegaremos más lejos que tantos triunfadores amañados y algo mafiosos! ¡Alejémosnos de ellos como de la peste!

VAGAL.- No te pongas, también tú, estupendo, Paco.

NIEVA.- Se me ordena que calle. Chitón, pues. Una cosa todavía, maestro. He contraído con usted una deuda y quiero pagarla.

CERVANTES.- Nada me debe.

NIEVA.- ¿Hay, entre sus sueños, alguno que le gustaría ver cumplido?

CERVANTES.- ¡Tantos! Empezaría y no acabaría.

NIEVA.- Diga uno.

CERVANTES.- Me viene a la memoria una comedia de cautivos que nunca vi representada. La titulé *Los baños de Argel*. Evocaba un mundo que conocía bien.

NIEVA.- La tengo en mi biblioteca. Es, o yo así la veo, una especie de museo escénico de sus experiencias argelinas, un álbum de imágenes dramáticas, un ensueño que casa mal con las comedias al uso. A eso le llamamos ahora teatro total. Si usted me lo permite, pagaré la deuda llevándola, en cuanto me sea posible, a un gran escenario. Será la apoteosis de la música, el canto, la danza y la imagen. Un propósito casi wagneriano. Y hasta diría que del gusto de Fellini.

CERVANTES.- No pierda el tiempo en eso. Luche por representar sus obras.

NIEVA.- ¿Quién dice que ésta no sea una forma de hacerlo? Pago la deuda y busco, al mismo tiempo, algún rédito.

CERVANTES.- Sepamos, entonces, qué se propone.

NIEVA.- Será así: Música. Sobre un fondo visual y sonoro, aparece la Leyenda. Narradora y cantante, será la conductora de los hilos de la trama. Déjeme que la imagine.

VOZ DE LA LEYENDA.- Azaroso es lograr que te solaces,  
público en sombra, amigo y enemigo;  
más quiero recordarte que, hace siglos,  
yo fui teatro novelesco y libre  
y sin apenas forma,  
aunque el aplauso convirtiera en norma.  
Las andaderas rígidas del arte  
no bastan a domar mis energías  
que arrostran la odisea,  
ni el canto irrefrenable

de lo tremendo amable,  
de aquello que se sufre y se desea.  
Escuchadme esta historia de cautivos,  
de enamorados moros y cristianos.

NIEVA.- Luego van saliendo los personajes. Son fugaces primeros planos enseguida fundidos en el barullo de las calles, con los ecos del mar, el viento del desierto, los vergeles de Argel... Las escenas cortas. Con aire de sutil intrascendencia. ¡A lo Marivaux! ¡Al lado de relampagueos románticos, situaciones de sangrienta violencia! El teatro como lugar reservado al juego y a la aventura. Y planeando sobre todo ello, envolviéndolo, el fino humor y el perdón que usted concede a la vida...

CERVANTES.- ¿No necesitará mucha tramoya? Me causa temor tanto lujo. Y dolor que enseguida se queme como los fuegos de artificio. Me viene a la memoria aquel soneto que compuse al túmulo del rey Felipe II. Voto a Dios que me espanta esta grandeza...

NIEVA.- ... Y que diera un doblón por describirla;  
porque ¿a quién no sorprende y maravilla  
esta máquina insigne, esta riqueza?  
Por Jesucristo vivo, cada pieza  
vale más de un millón, y que es mancilla  
que esto no dure un siglo.

CERVANTES.- Veo que lo recuerda. Y no habrá olvidado que, viendo que tanto aparato era mera apariencia, puse en boca de uno que allí estaba un estrambote: "es cierto cuanto usted dice, señor, y el que dijese lo contrario miente. Y al instante se caló el chapeo, requirió la espada, miró de soslayo, fuese, y no hubo nada". Un desencanto.

NIEVA.- Asumo el riesgo. No pienso que la producción pueda ser

ruinosa. Pero si lo fuera, renunciaría a tiempo. Todo antes que hacer un espectáculo pobretón, ridículo y, para remate, pretencioso. Siga buscando a sus personajes, señor Cervantes, y esté tranquilo.

CERVANTES.- Antes de decirle adiós, o hasta luego, un consejo tal vez innecesario: que el escenario no se llene de palabras huecas y de gestos vacíos. Otro más, y acabo: del pasmo hiperbólico a la fanfarria vacua hay un paso muy corto. ¡Cuidado!

NIEVA.- Discurso visual y coherencia poética irán de la mano. Nada habrá gratuito. Aspiro a que los espectadores gocen viendo y sintiendo.

#### IV

CERVANTES.- La tozudez de todos ustedes es responsable de que haya aceptado el homenaje. Sólo vengo por disfrutar de su compañía. Conocerlos ha sido una fiesta. ¿Cómo decía aquel tan delgado y esquelético que parecía estar llegando al fin y al cabo de su vida?

VAGAL.- ¿El que se presentó diciendo yo soy yo y mi sombra y mi esqueleto, tres personas distintas y un solo fantasma verdadero?

CERVANTES.- ¡Ése!

VAGAL.- No es un señor cualquiera, es José Bergamín.

CERVANTES.- ¿Sería capaz de imitarle?

VAGAL.- Veremos cómo me sale. El retablo llegaba a su fin. El furrier mete mano a la espada, el alcalde golpea al Rabelín y la Chirina descuelga la manta. Entonces, Bergamín se vuelve y dice: "¡Disparate estupendo! ¡Disparate maravilloso el de este retablo charlatanesco! Por el arte de birlibirloque de la palabra creadora, del puro disparate, se ve y no se ve. Se ve lo que apenas se mira, lo que, a muy duras penas de humana vanidad, quien más la mira y menos la ve afirma estarlo viendo. ¡Disparatado truco! Se nos muestra claramente el disparate de los disparates. ¡Ahí radica la vana apariencia engañosa del mundo! Miguel de Cervantes, es usted un sublime escamoteador. Y, sin embargo, al final nos muestra, como colofón de su propio arte, la trampa: la peripecia y escapatoria de la vida por el desengaño definitivo de la muerte, por el desengaño que bordea luminosamente la muerte de desesperada esperanza de otra vida".

CERVANTES.- Ese hombre podría ser, si se lo propusiera, el rey de los trabalenguas. No así el que le acompañaba, ese Alfonso Sastre. Persona discreta.

VAGAL.- Lo es, aunque motivos tiene para sacar los pies de las alforjas y mandar al teatro a hacer muchas y gordas.

CERVANTES.- Me ha gustado que haya bautizado a algunos de sus personajes con nombres que me son queridos. ¡Que ocurrencia llamar a los protagonistas de esa historia que no es de reír Rincón y Cortado!

VAGAL.- Usted aparece en distintos lugares de su literatura. En unas *Crónicas romanas* que ha escrito se ven las huellas de la *Numancia*.

CERVANTES.- ¡Para que luego digan que, más que teatro, es epopeya! Me ha dicho muy quedo que él también visitó la

cárcel y que, como yo, aprendió a tener paciencia en las adversidades. Y me ha confesado que algo del habla marginal de sus personajes viene de la que oía allí. Argot taleguero lo ha llamado, comparando la cárcel con un saco estrecho y largo. ¡Sitio incómodo ese, le he respondido, pero gran escuela del lenguaje porque tiene muchos y buenos catedráticos! Al despedirnos me ha confiado que le he acompañado siempre y que he endulzado sus instantes...

VAGAL.- Así se le admira y se le ama. ¿Qué me dice de Romero Esteo?

CERVANTES.- ¿El padre, el hijo o quién sabe qué de las grotescomaquias? Vuelve tarumba al más cuerdo. ¿Le oyó decir a voz en cuello eso de falso en enlace, falso el desenlace, falso el nudo, falso el estornudo, falsos los personajes, falso el argumento, falsa la farsa y falsa toda la representación?

VAGAL.- Es enemigo declarado del teatro de catequesis, ése que forma, informa y reforma al espectador. A ese teatro lo quiere difunto. Dice que hay que matarlo rápidamente para solucionar el asunto.

CERVANTES.- ¿Cree que lo conseguirá haciendo esa exaltación de la morcilla en mitad del escenario?

VAGAL.- Así lo espera. Confía en que, viendo esa pieza de sangre gorda y negra con pimienta y cebolla, los pequeño-burgueses del ocio, como la odian, huyan del teatro y dejen el sitio libre a gentes más sensibles.

CERVANTES.- ¡Que confusión la mía! Cuando Romero Esteo hablaba de morcillas, no pensaba en la pitanza.

VAGAL.- ¿En qué, entonces? ¿En las que están por debajo?

CERVANTES.- ¿Por debajo de dónde?

VAGAL.- De la cintura. Por debajo de la sotana del cura. En las que llevan a la perdición del alma, a la eterna condenación.

CERVANTES.- ¡Calle! ¡Calle! Déjese de burlas. Para mí que hablaba de las frases que improvisan los cómicos cuando se les va la letra o quieren parecer graciosos.

VAGAL.- También a esas se refería, a las que surgen a contrapelo del diálogo tranquilo y programado. Trufado de morcillas, el texto pierde decoro.

CERVANTES.- ¿Y eso le parece bueno?

VAGAL.- En general, no. Pero tenga en cuenta de que de lo que se trata es de dar pasaporte al teatro de cátedra, al de pretensiones sapienciales. Romero sostiene que, con las morcillas, la acción se bambolea y el argumento se tambalea. Es el sacrilegio en el sacrosanto templo del teatro.

CERVANTES.- ¡El teatro! Parecen de siempre las batallas por sacarle adelante. Las tablas son un eterno Lepanto. Como allí, cuantas embestidas, cuanto naufragio, cuanto dolor disimulado por el espejeo de las armas y las corazas, cuanto llanto ahogado por el concierto de pífanos y tambores... ¡Y cuanto arcabuzazo por la espalda!

VAGAL.- No es el momento de hablar de miserias, que ya hemos llegado.

CERVANTES.- ¿Qué lugar es este?

VAGAL.- Una erupción que le salió al corral del Príncipe.

CERVANTES.- ¿Están aquí sus cimientos?

VAGAL.- Los tenemos bajo los pies.

CERVANTES.- Los estaban poniendo cuando llegué a Madrid.

VAGAL.- Pasemos ya. Talía y los invitados nos esperan dentro.

**V**

ZOILO.- Señores...

VAGAL.- Nos espera Talía.

ZOILO.- ¿Puedo saber sus nombres?

VAGAL.- Me llamo Vagal. El caballero es don Miguel de Cervantes.

ZOILO.- ¡Hola! Aquí le tenemos. ¿Quién dijo que no tendría la osadía de venir? Catón, Rancio: me debéis una cena.

VAGAL.- Dese prisa. Faltan apenas unos minutos para que empiece la fiesta.

ZOILO.- No tendrá lugar. Ha sido anulada.

VAGAL.- No es posible. Todo está dispuesto. Los invitados llegarán de un momento a otro.

ZOILO.- Han sido avisados.

VAGAL.- Alguna razón muy grave tiene que haber para que se desconvoque un acto como éste.

ZOILO.- Se ha impuesto el sentido común.

VAGAL.- ¿De qué sentido común habla? Alguien tendrá que explicar el por qué de este desaire.

ZOILO.- Catón, lee.

CATÓN.- Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje al Parnaso*...

ZOILO.- Sigue dónde dice que se llama comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.

CATÓN.- Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros...

ZOILO.- ¡Es suficiente! ¿Esto lo escribió usted?

CERVANTES.- Sí, por cierto.

ZOILO.- ¿Por qué lo hizo?

CERVANTES.- ¡Qué pregunta! Para que, a falta de retrato pintado, mis lectores me conocieran.

ZOILO.- No menciona, entre sus méritos, ninguna comedia.

CERVANTES.- En otras ocasiones me referí a ellas. Estos renglones estaban destinados al prólogo de las novelas ejemplares.

ZOILO.- Si esa es razón para no hablar de teatro, mal se explica que incluyera sus hechos de guerra.

VAGAL.- ¿A qué viene esto? ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué se cubren con antifaces si no es carnaval?

ZOILO.- Somos celadores que velamos por la salud de la escena española. Está infestada de intrusos.

CERVANTES.- ¿Acaso lo dice por mí?

ZOILO.- ¿Tiene amistad con Talía?

CERVANTES.- ¿Qué importa eso?

ZOILO.- ¿Cuando la vio por última vez?

CERVANTES.- Por última y por primera, que sólo fue una y de lejos. De camino al Parnaso, al pasar ante las riberas de Grecia, andaba solazando con las otras musas entre unas matas.

VAGAL.- ¡El señor Cervantes es una gloria de España y del mundo!

ZOILO.- ¿Quién lo niega? Pero si quiere que le rindan pleitesía, éste no es el sitio. Llame a las puertas de las Buenas Letras. Allí, de seguro, le harán reverencias, siempre, claro está, que no salga a recibirle algún poeta. Bien sabe, sin que yo lo diga, que tampoco se aprecian su versos.

VAGAL.- ¡Mentira!

RANCIO.- El propio señor Cervantes ha dicho que está más versado en desdichas que en poesía.

VAGAL.- ¡Necios! ¡La palabra es poesía para Cervantes! ¡Es un poeta moderno!

RANCIO.- ¿Quién le ha dado vela en este entierro?

VAGAL.- ¡Esto es un atropello! ¡El teatro está en deuda con él!

ZOILO.- El del Siglo de Oro, nada le debe.

VAGAL.- El Siglo de Oro que él apuntaba, no se realizó.

CATÓN.- Por fortuna.

VAGAL.- ¡Fue una desgracia!

CATÓN.- ¿Para quiénes?

VAGAL.- Para los que necesitamos su aliento.

ZOILO.- Cervantes fue un autor torpe en tiempos de autores diestros. ¿Por qué se miran en este espejo empañado habiendo otros con más brillo?

VAGAL.- El mundo que él conoció era más ancho que el que vieron otros. Sus ojos contemplaron eso que hoy llamamos Europa. Y se asomaron a la ventana de África. En su retina lleva grabada toda la belleza y la miseria del mundo.

RANCIO.- Eso explica que tuviera que ponerse esas gafas tan parecidas a un par de huevos estrellados mal hechos.

VAGAL.- Sepa, señor Macarro, Carroño, Rancio o como se llame, que nuestro teatro reclama la sangre de este espíritu del Renacimiento.

ZOILO.- Murió ahogado por el Barroco. Usted y algunos compañeros desorientados han tenido el macabro capricho de resucitarlo. A ustedes les toca enterrarlo de nuevo.

VAGAL.- ¿En qué triste siglo viven anclados?

CERVANTES.- En una ocasión, pedí a Dios paciencia para llevar bien el mal que habían de decir de mí más de cuatro. Pero se ve que la gasté toda y ya no soporto estas ofensas. Vámonos.

ZOILO.- Yo diré cuando pueden irse.

CERVANTES.- Huya, Vagal, que barrunto que nos han tendido una celada.

VAGAL.- En manos de censores estamos.

CERVANTES.- ¡En mala hora clamé por su existencia!

ZOILO.- ¡Atrapad a ese, que no escape!

CATÓN.- ¡Salta por la ventana!

RANCIO.- ¡Ya está en la calle!

ZOILO.- ¡Torpes estamos de reflejos!

CATÓN.- Nos queda Cervantes, que es el que importa.

CERVANTES.- ¿Qué pretenden de mí?

ZOILO.- Que no se vaya sin recibir el homenaje del teatro. No el que usted o sus amigos reclaman, sino el que se merece. Usted, señor Cervantes, ofendió a sus colegas.

CERVANTES.- ¿A quiénes y cuándo?

ZOILO.- Al que más, a Lope.

CERVANTES.- ¿Es ofensa mencionarle en el *Canto de Calíope* cuando, teniendo apenas veinte verdes años, era poeta primerizo? ¿O lo es dedicarle un soneto comparando su apellido a una apacible y verde vega?

ZOILO.- Todavía no habían anidado los celos en su pecho.

CERVANTES.- No sé que cosa son los celos.

CATÓN.- Lo sabe bien.

ZOILO.- Recuérdaselo, Rancio.

RANCIO.- Una cueva profunda, lóbrega, oscura, aquí mojada, allá seca, propio albergue de la noche, del horror y las tinieblas. Por las funestas paredes, por los resquicios y quiebras, mil víboras se descubren y ponzoñosas culebras. A la puerta tiene puesto: esta es la morada de los celos.

ZOILO.- Ellos le inspiraron pensamientos poco dignos. ¿A quién

se refería cuando criticó que al principio de los libros se pusieran sonetos compuestos por duques, marqueses, condes, obispos, damas y poetas celebérrimos?

CERVANTES.- A nadie en concreto.

ZOILO.- ¿Tampoco cuando más adelante tachó de pedantes a los que ponen en sus libros los títulos y autores de dónde sacan las sentencias y dichos que citan?

CERVANTES.- Eso lo hacen muchos. ¿Qué libro no tiene las márgenes llenas con los nombres de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos?

CATÓN.- El ilustre manco es escurridizo.

ZOILO.- Veamos si tiene tan fácil repuesta para esto: habiendo reconocido que siente rencor por ciertas comedias, ¿podría decirnos cuales son?

CERVANTES.- Si las citara todas, sin dejarme ninguna en el tintero, no acabaríamos.

ZOILO.- ¿Están entre ellas las que con tanto éxito representa el gran Lope?

CERVANTES.- Mi enfado sólo alcanza a las que son ejemplo de necedades e imágenes de lascivia.

CATÓN.- Procura, Zoilo, apretarle más las tuercas.

ZOILO.- En eso estoy. Las críticas que hizo a que al principio de una comedia saliera un niño en mantillas y al final hecho todo un hombre... o esas otras a que en una misma obra la acción empiece en Europa, siga en Asia y acabe en África, ¿se refieren a alguna de la escritas por el Fenix?

CERVANTES.- Ustedes sabrán si las tiene escritas con esos argumentos. Yo sí las tengo, y no me doy por aludido. Narré la historia de un rufián que, de un acto a otro, salta de España a Méjico, y la de un Pedro de Urdemalas que se pasa toda la comedia cambiando de apariencia. En poco más de una hora, ese hijo de la piedra recorre mil y un oficios.

ZOILO.- Eso prueba que, con tal de zaherir a Lope, no tiene inconveniente en tirar piedras sobre su propio tejado.

CERVANTES.- ¿Y qué si dije alguna vez algo en su contra? ¿Acaso él se estuvo callado? ¿No tienen entre esos papeles con los que quieren asustarme aquella carta en la que decía que no hay poeta tan malo como yo, ni tan necio que alabe a don Quijote? ¿Tampoco ese anónimo que sólo pudo salir de su pluma en el que me llamó buey, puerco de pie y frisón de su carroza?

RANCIO.- ¿Qué es frisón?

CATÓN.- No lo sé.

CERVANTES.- ¡Analfabetos! Es ese caballo que viene de los Países Bajos que tiene fuertes y anchos los pies. ¡No miren los míos, que no son de esos! Vean mejor si los suyos se parecen, que se me antoja que sí, y mucho. Pero antes muestren el prólogo que dictó a Avellaneda o a quien usara ese nombre.

ZOILO.- ¡Es una calumnia, una murmuración sin fundamento!

CERVANTES.- ¿Tampoco tienen ese monumento literario en el que se dice que soy más viejo que el castillo de San Clemente y que tengo más lengua que manos?

ZOILO.- Con lo que su boca está escupiendo, queda fuera de toda duda su encono hacia Lope de Vega.

CATÓN.- Y se disipa la que teníamos sobre si *La entretenida* es una parodia de alguna de las obras maestras del gran poeta.

CERVANTES.- ¡Válgame el Cielo! ¿Por qué parodia? Mi comedia en nada recuerda a las que salen con tanta diligencia de su pluma. Siendo de capa y espada, no acaba en casamiento de los protagonistas, como es costumbre en las suyas. Buenos amigos me han traído, un poco a mi pesar, hasta aquí. Bien veo que tenía razones para no emprender tan largo paseo. No han mejorado mucho los tiempos. Así, déjenme en paz. Vuelvo a mi retiro antes de que deje de ser discreto y prudente como acostumbro. No habiendo llegado la sangre al río en los lances que tuve con Lope, si así puede llamarse a lo que eran inofensivos alfilerazos, bueno estaría que en éste tan inoportuno se tiñeran las aguas de rojo y hasta se desbordase el cauce.

ZOILO.- Que se llegue a eso, está en sus manos evitarlo.

CERVANTES.- ¿Cómo?

ZOILO.- Hínquese de rodillas y pida perdón a Lope y al teatro.

CERVANTES.- ¿Si lo hiciera...?

ZOILO.- Le dejaríamos ir sin otra exigencia que su promesa de que, en lo sucesivo, no pondrá los pies a menos de dos leguas de cualquier escenario.

RANCIO.- ¡No consentiremos que embobe al público con sus trucos y juegos de palabras!

CERVANTES.- ¿Y si me negara?

ZOILO.- Caería sobre sus espaldas todo el peso del arte nuevo de hacer comedias.

CERVANTES.- No malgasten conmigo tan linda cosecha de endecasílabos. Ya tomé de ese arte cuanto me servía y renegué, por ello, de buena parte de la herencia que recibí de Séneca, Terencio, Plauto y otros griegos que ustedes saben.

ZOILO.- Si de verdad hubiera renegado de lo que dejaron esos patriarcas del arte antiguo, no se oirían los ecos de sus voces en sus malas comedias. Los más inteligentes encerraron sus preceptos bajo seis llaves.

CERVANTES.- Siempre me gustaron más las llaves que abren que las que cierran. ¡Paso!

RANCIO.- ¡Se niega a obedecer!

CERVANTES.- ¡Voy al encuentro de Talía!

CATÓN.- ¡Cuanta soberbia!

CERVANTES.- Barrunto que la tienen secuestrada para que no me vea! ¡A un lado! ¡A un lado o les arranco la vida!

ZOILO.- ¡Mire bien lo que hace!

RANCIO.- Capaz es, si no le atamos corto, de abrirnos la cabeza y echar abajo el teatro.

CERVANTES.- ¡Tengan por seguro que sí haré lo primero, máscaras endiabladas!

CATÓN.- ¡Suelte el candelabro!

CERVANTES.- ¡Es mi lanza!

ZOILO.- ¡Arremete contra nosotros!

RANCIO.- ¡Hijo de la gran puta!

CERVANTES.- ¿Qué prosa es ésta en gentes tan leídas y escritas? Recuerden que, para lamentar lo que les aguarda, el soneto es adecuado. Aunque si les parece que el asunto es grave, mejor les irán los tercetos. A la hora de los ayes y de las quejas, nada como las décimas.

RANCIO.- ¡El cabrón se burla!

CERVANTES.- Y no olviden que, en estos trances, no vienen a cuento las redondillas ni los romances, que son para escenas de amor.

CATÓN.- ¿Va a poder medio hombre con tres?

CERVANTES.- En la adversidad, valgo por ciento.

ZOILO.- Encomiéndate a Dios, escritor.

RANCIO.- ¡Pelele!

CATÓN.- Mira lo que te pasa por ser rebelde.

RANCIO.- ¡Es nuestro!

ZOILO.- ¡Tenle!

CATÓN.- ¡Reducido está!

## VI

ZOILO.- ¿Qué pasa fuera? Qué estruendo es ese? Echa un vistazo, Rancio.

CATÓN.- Aguarda. Ahí entra uno que debe saberlo.

ZOILO.- Oiga, ¿a qué viene tanto alboroto?

SANCHO.- Pequeño es para el que vendrá enseguida.

CERVANTES.- Este hombre de bien con aspecto rústico se parece a... Sancho.

SANCHO.- El mismo soy, señor Cervantes. Y aquel que asoma es don Quijote de la Mancha hecho carne.

RANCIO.- ¡Don Quijote entre nosotros! ¡Un imposible!

SANCHO.- Dele un tiento con la mano y verá que no es apariencia.

RANCIO.- Nunca se ha visto a personajes de novela andar mezclados con los vivos.

SANCHO.- En todo hay una vez primera.

ZOILO.- No les demos cuerda a ese charlatán. ¡Salgan de la casa del teatro, payasos!

DON QUIJOTE.- Usted, como el sabio encantador Frestón, me tiene ojeriza. Cuídese de hacerme sinsabores o de hacérselos a mi escudero y a mi creador.

SANCHO.- ¿Ve, señor don Quijote, como hice bien en coger el paraguas? Muy negros nubarrones se acercan y es fácil que, de aquí a un rato, caigan chuzos de punta.

ZOILO.- Cervantes, le hago responsable de lo que suceda. ¡Haga salir a ese par de mequetrefes!

CERVANTES.- ¿Echaría a sus hijos de su lado?

ZOILO.- ¿Los reconoce como suyos? Para mí que estos tienen otro padre. ¿Es que no sabe que son muchos los que andan por el mundo con sus mismos nombres? Ninguno se parece a otro, que cada cual ha salido como Dios ha dado a entender a sus progenitores.

CERVANTES.- De ninguno reniego. Cualquiera será menos seco, avellanado y antojadizo que el Alonso Quijano que yo parí. Y si mentamos a Sancho, no lo habrá con menos sal en la mollera que el mío. Me vienen a la memoria los únicos de carne y hueso que hasta ahora había conocido. Estaba todavía fresca la tinta de mi libro, pero, por causas ajenas a su nacimiento, no eran mis días alegres. Un suceso inoportuno, un juez injusto y una vecina con malos hígados me llevaron a la cárcel. Salí de ella dolido, más que por la incomodidad, por las dudas sembradas sobre mi inocencia. Di en la calle con un cortejo que celebraba el bautismo de quien, corriendo el tiempo, sería el cuarto Felipe. En primer término iba un don Quijote con sombrero grande, una capa de ballesta, calzones de felpa y unas buenas botas con espuelas de pico de pardal. Batía las ijadas de un pobre rucio lleno de mataduras. A su vera iba Sancho Panza. Llevaba unos anteojos bien puestos para mayor autoridad y la barba levantada...

ZOILO.- ¿A qué viene tanto discurso?

CERVANTES.- Es para que sepan que su vista alivió mi pena, como la presencia de estos Quijote y Sancho pondrá fin, si no me equivoco sobre el motivo que les trae, a las vejaciones a que me tienen sometido.

CATÓN.- Va siendo hora de poner fin a la mascarada.

ZOILO.- Despójense de los disfraces y váyanse de una vez.

DON QUIJOTE.- ¿De qué disfraces hablan, Sancho? Señores, mi escudero y yo estamos hechos de sustancia dramática.

SANCHO.- Por todos los poros de nuestra piel rezuma el teatro.

DON QUIJOTE.- ¿Tan ciegos están que no lo ven? ¡Habría que abrirles los ojos!

SANCHO.- ¡A fe que sí!

CERVANTES.- Sabed, amigos, que los tienen bien abiertos.

SANCHO.- Será verdad si usted lo dice. ¡Mejor! Así verán lo que se les viene encima.

CERVANTES.- ¡Cuidado, que es gente soez y de mala ralea!

DON QUIJOTE.- ¡Oh bellacos, mal mirados, que sólo veis lo que queréis, descompuestos, ignorantes, infecundos, deslenguados, murmuradores y maldicientes! ¡Fuera de mi presencia, monstruos de naturaleza, depositarios de mentiras, almarios de embustes, silos de bellaquerías, inventores de maldades, enemigos del decoro que se debe a las grandes personas!

RANCIO.- ¡Se le arquean las cejas! ¡Echa fuego por los ojos!

CATÓN.- ¡Se le hinchan los carrillos!

RANCIO.- ¡Ahora da patadas en el suelo!

DON QUIJOTE.- Señales son de la ira que encierro en mis entrañas.

ZOILO.- Unas palabras, don Quijote, antes de que llegemos a mayores.

DON QUIJOTE.- Despáchelas presto, que no estamos para oír sandeces.

ZOILO.- ¿Qué hace metido en una batalla que no es la suya? ¿No es su ocupación amparar doncellas y vencer gigantes?

DON QUIJOTE.- ¡Y enderezar tuertos y deshacer agravios como éste que estoy presenciando en la persona de mi señor Cervantes! Cuando me sacó de casa, dejé atrás una vida de rutina y de hastío limitada por los cuatro puntos cardinales, a saber: ama, cura, sobrina y barbero. Vi el cielo abierto. Sepa que por nada del mundo dejaré de acudir donde el señor Cervantes me necesite.

SANCHO.- ¡Desenvaine la espada y empiece a repartir cuchilladas, señor don Quijote! Acuérdesse de que las aventuras, una vez metido en ellas, conviene concluir las en un decir amén. Lo digo por aquello de que lo bueno, si breve... y porque en nuestro viaje infinito, o a ninguna parte, quedan muchas por correr.

RANCIO.- Estos tipos están locos.

ZOILO.- ¡Miren bien lo que hacen! ¿Habré de recordarles que estamos en el teatro y que en el teatro todo es truco?

CERVANTES.- ¿Eso dice ahora? ¿Así, no eran de veras sus ofensas?

ZOILO.- ¡Pura representación!

VENTERO.- Anunciándose una representación, mi sitio está aquí.

CATÓN.- ¡Otro más!

RANCIO.- ¿De dónde sale?

VENTERO.- Del capítulo tercero de *El ingenioso hidalgo...*

CATÓN.- ¡Le conozco! Es el ventero.

ZOILO.- ¿Qué pinta aquí un ventero?

VENTERO.- Tal fue mi oficio hasta que decidí ejercer de director de escena.

CATÓN.- ¿Se ha oído disparate mayor?

VENTERO.- No lo es. Sucedió al poco de que escenificara, por encargo del señor Cervantes, la ceremonia en que don Quijote fue armado caballero. Obtuve un notable éxito. Hice de mi venta, castillo. Y convertí en patio de armas, un corral. A falta de luces, iluminé la escena con la claridad de la luna. Y en cuanto a los actores, a pesar de ser aficionados, cumplieron en sus papeles. Unos arrieros hicieron de atrevidos caballeros; la hija de un remendón de Toledo y la de un molinero, de damas; y yo mismo, de señor del castillo. Podría mostrar otras credenciales, pero, por lo que veo, aquí hay mucho que hacer. Manos a la obra, pues. Para empezar, hay que llenar el escenario de personajes y figuras. Venga acá la hueste de Angulo el Malo. ¡Dejen paso a la carreta!

RANCIO.- ¡Este es el fin, Zoilo! Lo que asoma no parece un carricoche, sino la barca de Caronte. ¿No ves que el

carretero es un feo demonio y de que, entre tanto ángel con alas, reinas y emperadores, caballeros y soldados, lo que más destaca es la Muerte con rostro humano?

ZOILO.- Cochero o diablo, ¿adónde vas con esa gente?

COCHERO.- Haciendo por los lugares el auto de *Las Cortes de la Muerte*.

ZOILO.- ¿Está autorizada la compañía?

COCHERO.- Para hacer fiesta, ¿hace falta algún permiso?

ZOILO.- Si no traen los papeles en regla, vuelvan por donde han venido.

MAESE PEDRO.- ¿También los necesitan los muñecos de mi retablo y este mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro?

VENTERO.- ¡Cuerpo de tal! ¡Maese Pedro llega al reclamo del teatro! Buena noche se nos apareja.

CATÓN.- La sala empieza a ser un titirimundi.

RANCIO.- ¡Un carnaval!

VENTERO.- ¡Callen! Yo respondo por esta buena gente.

CATÓN.- Debiéramos, Zoilo, seguirles la corriente hasta que se cansen y se marchen a otra parte.

ZOILO.- Bien dicho. Amigo ventero o director o como quiera que le llame: también a nosotros nos atrae la farándula y nos gustaría participar en el juego que se traen. Díganos de qué podemos hacer.

VENTERO.- Usted de Zoilo, sin duda. Ellos, de Catón y de Rancio.

RANCIO.- Eso ya lo somos.

VENTERO.- Tanto mejor. Así harán bien sus papeles. ¿Falta algo?

CABALLERO DE PUNTA EN BLANCO.- Un caballo para don Quijote.

VENTERO.- Pues tuya ha sido la idea, ve a buscar uno. Tráelo aunque sea de madera.

CABALLERO DE PUNTA EN BLANCO.- Estoy de vuelta en un verbo.

VENTERO.- Para entretener la espera, muéstrenos una vez más, Maese Pedro, las habilidades del mono.

MAESE PEDRO.- ¿Alguien quiere hacerle alguna pregunta? Él dirá la respuesta a mi oído y yo la declararé luego.

CERVANTES.- Pues nadie se anima, vaya esta: ¿puede decirme el señor mono dónde está y que hace ahora Talía?

RANCIO.- Si lo sabe, le conviene callarlo o le rompo los morros.

ZOILO.- Uno que leyó la novela me contó que el animal no siempre acierta.

MAESE PEDRO.- En menos de un credo, tendremos contestación.

CATÓN.- Veamos si esta vez yerra.

MAESE PEDRO.- Óiganla: tenemos cerca a Talía. Al otro lado de esa puerta, en lo alto de un escenario. Y está impaciente por recibirle, señor Cervantes.

RANCIO.- ¡Maldita sea! ¡Lo sabía y lo ha dicho!

CATÓN.- Veo el panorama negro.

RANCIO.- ¿Qué va a ser de nosotros?

MAESE PEDRO.- ¿A quién se lo pregunta?

RANCIO.- ¡Al mono adivino!

ZOILO.- ¿Cabe pregunta más tonta? Mira como se ríen.

MAESE PEDRO.- El mono sabe del pasado y del presente más que del porvenir.

RANCIO.- De mi pasado y de mi presente ya sé yo, sin necesidad de preguntar.

DON QUIJOTE.- Yo le diré, si el señor director aprueba mi idea, lo que ha de ser de usted y de esos pájaros de cuenta.

VENTERO.- Dela por aprobada, que viniendo de un loco, será sensata.

DON QUIJOTE.- Siendo urgente que mi señor Cervantes se encuentre con Talía, dejo sin efecto, por ahora, el castigo que tan merecido tienen. Doy así prueba de que también soy hombre práctico y de que no siempre ando con la utopía debajo del brazo como si fuera el pan o la adarga. Bien conoce y padece, admirado Maese Pedro, mi costumbre de confundir sus títeres con enemigos verdaderos y de hacerlos pedazos cuando menos se espera. Se me ocurre que esta mal nacida canalla puede ocupar en el retablo el sitio de las figuras. Así, cuando me plazca darles la tunda de la que hoy se libran, lo haré sin daño para su negocio.

VENTERO.- En tan sabias palabras se manifiesta, sin lugar a

dudas, que don Quijote es hijo del entendimiento del señor Cervantes.

SANCHO.- ¿Puedo pedir que, cuando no sirvan ni para hacer las veces de figurillas de pasta, se les mande a los más hondos y oscuros calabozos del infierno?

COCHERO.- Si también se aprueba el deseo de Sancho, yo me ofrezco a conducirlos a tan adecuado lugar.

ZOILO.- ¡Hasta aquí llega nuestra paciencia!

CATÓN.- ¡Bien dicho, Zoilo!

RANCIO.- Se echaba de menos un gesto de autoridad.

VENTERO.- Guarden su cólera para luego, que ahí traen el caballo.

ZOILO.- El rocín flaco se ha reducido a esqueleto.

RANCIO.- Si no fuera por los hierros que los sujetan, los pellejos y los huesos andarían por los suelos.

CATÓN.- ¿En qué feria lo has mercado, manojito de plumas?

CABALLERO DE PUNTA EN BLANCO.- Me lo han regalado unos cómicos ambulantes que regresan a Polonia.

ZOILO.- Otro armatoste inútil del teatro roto de Kantor. ¿Váyanse en buena hora esos artistas de la podredumbre, pero con su basura a cuestas!

RANCIO.- ¡Y que revienten!

COCHERO.- ¡La puerta se abre!

VENTERO.- ¡Todos a sus puestos! Maese Pedro, le confío la custodia del trío de bufones.

MAESE PEDRO.- Al momento los subo al retablo y, en estando colgados de las perchas y bien aseguradas las cuerdas, encenderé candelillas de cera para que todo parezca vistoso y resplandeciente.

VENTERO.- Tú, como vas vestido de bogiganga, abres el cortejo. Muévete de forma que suenen los cascabeles y sacude contra el suelo las vejigas del palo que esgrimes. ¿A qué aguardas, demonio bailador? ¡Don Quijote, a caballo! Le toca trazar el último tramo del camino que lleva al señor Cervantes desde el mundo de los muertos a la esfera de la vida. Los actores de la compañía de Angulo el Malo irán a la zaga ensayando lo que han de representar ante Talía.

COCHERO.- ¿Qué comedia será?

VENTERO.- La que aquí mismo estamos concluyendo. ¡En marcha la gran procesión del teatro! Ocupe ya su lugar, señor Cervantes.

CERVANTES.- Amigo ventero...

VENTERO.- ¿Vio en los días de su vida desfile más lucido?

CERVANTES.- Ninguno que igualara a éste. Más quiero decirle algo...

VENTERO.- ¿Qué es?

CERVANTES.- Bien he advertido que don Quijote no es don Quijote; ni Sancho, Sancho; ni ese Maese Pedro, el verdadero dueño del mono y del retablo... Ninguno es quien aparenta. Pero

todas las voces me son familiares. En la suya reconozco a Vagal y en las otras a los demás amigos que he ido haciendo en este viaje. Ahora me parece que soy yo el que está en deuda con ustedes.

VENTERO/VAGAL.- Si quiere pagarla, yo le diré cómo.

CERVANTES.- No deseo otra cosa.

VAGAL.- Sólo me falta, para concluir la comedia, ponerle título. No imagino otro mejor que el que usted ideó para una que dejó sin componer.

CERVANTES.- Diga cuál...

VAGAL.- *El engaño a los ojos.*

CERVANTES.- Suyo es para siempre.